

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 10
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

RICARDO CORAZON DE LEON.

Entre los infinitos episodios que tiene la historia de Inglaterra, el presente es uno de los que ofrecen mas interés y amenidad.

Ricardo Corazon de Leon, veía oprimido su ejército por todas las calamidades juntas: peste, fiebres malignas, hasta el hambre, en medio de un país desolado; y tantas plagas iban acompañadas de terribles y continuas borrascas. Cundió prodigiosamente el desaliento entre aquellos caballeros, que tantas veces presentaban el pecho á la muerte; pero que sumergían en la desesperacion las incensantes lluvias. El rey regresó á Jafa, pero Saladino, vigilante respecto á la marcha, pudo sitiar esta ciudad antes que llegase Ricardo, y logró confinar los cristianos á cierta parte de la espresada poblacion. El rey de Inglaterra, que se adelantaba por mar, halló inundada de enemigos la ribera, y se proponía aguardar su ejército de tierra, en el momento en que un sacerdote llegó á nado hasta la real galea, con la nueva de que la mitad de los adoradores de Jesucristo habían sido destrozados, y que los restan-

habia llegado á oídos del gobernador, que el rey de Inglaterra había abandonado la Palestina. Ricardo le envió un criado suyo pidiéndole pasaportes para Bodoino de Betunia, Hugo el comerciante y su séquito, que estaban de vuelta de su peregrinacion á Jerusalem; pero por mucha que fuese la necesidad de ocultarse, Ricardo no pudo menos de mostrar su espíritu de ostentacion, así que al propio tiempo tenía el paje el encargo de presentar á Mainardo un rubí de alto precio que acostumbraba llevar el rey en el dedo índice de su mano derecha, conocido de todo el ejército cristiano. La belleza del anillo causó extraordinaria sorpresa al príncipe de Goriza, comenzó á reflexionar, y preguntó de nuevo el nombre del generoso comerciante; y cuando oyó la respuesta, exclamó:—¡Mientes! que no se llama Hugo, sino Ricardo! Devuélvele su presente y dile que venga en paz á verme. Apenas supo el rey este acontecimiento, logró proporcionarse caballos, y escapó seguido de un solo caballero y de un muchacho que hablaba medianamente la lengua del país. Bodoino de Betunia y los que le acompañaban, fueron detenidos. Ricardo corrió nuevos peligros en la Corintia, y después de haber viajado tres días y tres noches sin tomar alimento ni descanso, atravesando una tierra para

mas estraños colores y acompañada de maravillosas relaciones. En aquella época, solo los príncipes se hallaban alguna vez bien instruidos, pues se enviaban mutuamente varios consejeros, y aun estos hallaban grandes obstáculos. Los pueblos únicamente sabían los acontecimientos de que á menudo dependía su suerte al través de sombrías nubes, que tan solo le permitían entrever fantásticos objetos.

Logró sin embargo al cabo de algun tiempo librarse del peligro que le amenazaba. Juntó gente y dió de nuevo principio á sus antiguas correrías. Informado en 1199 que existía oculto un tesoro en un castillo de Limosin, partió para apoderarse de él, y recibió una herida mortal, terminando de esta manera su borrascosa carrera á la edad de 42 años. Ni las quejas de sus vasallos, ni su miseria, ni las exhortaciones de los preladados, pudieron escitar en él piedad y remordimientos. Un piadoso eclesiástico le exhortaba á que se emancipara de las tres hijas malas que sustentaba, la ambición, la avaricia y la lujuria.

—¿Escuchais, dijo Ricardo á los que le rodeaban, lo que me ha dicho este hipócrita? Quiero seguir sus consejos. Doy mi ambición á los templarios, mi avaricia á los frailes, y mi lujuria á los prelados.

Ricardo fué mas poderoso en Francia que el rey mismo; era conde de Poitou y duque de Normandía.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

DON FEDERICO MADRAZO.

Asi como la amistad es en el biógrafo un poderoso agente que obstaculiza ideas imparciales y serenas hacia el personaje cuyas obras pretende analizar, y su crítica suele convertirse en un verdadero elogio, el entusiasmo pone trabas á nuestras reflexiones, haciendo que veamos las cosas al través de un prisma seductor que nos lanza en el sendero de la apología, y nuestros juicios se convierten en un verdadero panegirico.

El que escribe estas líneas no ha tenido la fortuna de encontrarse en el primer caso; pero tiene la gloria de manifestar que se halla en el segundo, y por consecuencia, absorto aun desde la reciente observacion de algunas de las principales obras de don Federico Madrazo, tendrá forzosamente que ceder al influjo divino de aquel numeroso conjunto de bellezas, cuyo irresistible poder no le ha permitido la entrada en el recinto de la fria observacion de las imperfecciones. Un espíritu de suyo indagador y reflexivo, generalmente participa de aquella tendencia que tiene el hombre á buscar antes el defecto que la belleza; hay muchos que saben motejar, y pocos que admiren con aquel sincero entusiasmo que produce la contemplacion, de lo que es realmente bello.

Si llego á escederme en los elogios, dos cosas hay que escudan, tanto al biógrafo como al pintor: la primera es, que don Federico Madrazo, es conocido, respetado y admirado en toda Europa, y la segunda, que el que escribe estas líneas no le conoce ni aun personalmente, y por lo tanto, solo de sus obras ha nacido el pensamiento de publicar el presente artículo, y lo que es mas, robando un tiempo precioso á sus asiduas tareas literarias. No me parece enteramente ocioso hacer esta ingénuo manifestacion, á fin de que resalte mas la independencia con que emprendo gustoso mi trabajo.

Don Federico Madrazo nació en Roma el 9 de febrero de 1815. Siendo su padre pintor de fama y justamente apreciado, y siendo su casa el punto de reunion de los mas acreditados artistas de Europa, naturalmente debió desarrollarse la vocacion del hijo por la pintura, recibiendo las primeras impresiones en el seno de una familia y de una amistad puramente artísticas. Es fama, que don José de Madrazo, su padre, lejos de apelar á una violenta persuasion para que su hijo siguiese por éste ó aquel camino, dejó que su juvenil instinto le llevase al sendero hácia donde le impulsaba su inclinacion natural, y observando en el joven Madrazo una vocacion decidida por el cultivo de las bellas artes, y por la pintura con exclusion, meditó desde luego su plan de conducta para lo venidero, con el objeto de dar á su carrera artistica aquella enseñanza uniforme y concienzuda tan útil para el principiante en cualquier ramo, y preciso es confesar, que nadie mejor que un padre puede imponerse esta dulce tarea, cuyos buenos resultados tienen que redundar por fuerza en beneficio de un pedazo de su alma. No hay preceptor mas sano, no hay maestro mas prolijo, no existe guia mas conveniente que un padre que ama á sus hijos, y don José Madrazo se encontraba en este caso.

Peró la aplicacion, y lo que es mas, el talento, no



Ricardo Corazon de Leon, seguido de sus caballeros.

tes, ó duras penas, podían sostenerse encastillados en una torre. No bien hubo el rey Ricardo escuchado estas palabras, cuando exclamó con voz atronadora:

—¡Maldito de Dios el que no me siga!

Lanzóse seguidamente al agua, y á las pocas horas estuvo libre la ciudad, pasando en seguida á acampar delante de sus murallas. De tantos valientes solo le quedaban cincuenta y cinco caballeros, la mayor parte desmontados, y dos mil soldados. Atacado por el numeroso ejército de Saladino, hizo prodigios de valor. Alejóse éste, y no hay duda en que Ricardo le hubiera atacado de nuevo si unas calenturas malignas no le hubieran sumergido en un lecho de dolores. Pidió una tregua que al momento le fué otorgada, y la concluyó al cabo de tres años, tres meses y tres días. Saladino concedió á los cristianos la libertad de visitar el Santo Sepulcro cuando les pareciera.

El aventurero Ricardo abandonó la Tierra Santa lleno de las mayores inquietudes por la suerte de sus Estados. Partió con un solo buque que aportó primeramente en Cosú; tuvo un choque con cierto pirata que hizo al fin amigo suyo, é impelió por los impetuosos vientos, le fué preciso desembarcar cerca de Venecia. El pirata que primero le había conducido á Zara en la Dalmacia, y que hubiera deseado ponerlo en tierra mas hospitalaria, le aconsejó que se envolviese en un vestido de peregrino, dejase crecer en desorden su barba y cabellos, y atravesase así el continente, para escapar á los lazos que infaliblemente le iban á tender los muchos enemigos que se había grangeado en la cruzada con sus violencias y altanería. Ricardo tomó el nombre de Hugo, y se trasladó á Gorifa y Friul, con intento de obtener un pasaporte del señor ó gobernador de la provincia. Llamábase éste Mainardo, y era sobrino del marqués de Monferrato, asesinado en Tiro. Ya

él desconocida, se halló en los arrabales de Viena el Duque de Austria, que residia en dicha ciudad, era el mismo Leopoldo que el rey de Inglaterra había insultado bajo los muros de Tolemaida, haciendo trizas su bandera.

Los fugitivos, medio muertos de hambre y de cansancio, mandaron al muchacho al mercado dándole monedas de oro, ya para pagar aquello que comprase, ya para cambiarlas por monedas del país. El muchacho llamó la curiosidad así por su acento extranjero, como por el brillo de las piezas de oro. Los cambiadores le hicieron diversas preguntas, á las cuales se contentó con responder que era su amo un rico comerciante que debía llegar dentro de tres días. Volvió á donde el rey estaba, y aun cuando inesperto, le aconsejó, que partiese cuanto antes. Ricardo se obstinó en tomar descanso en el lugar que había elegido para su retiro, pero muy pronto llamó la atencion de sus huéspedes, con sus extraordinarios gastos y con el lujo de sus vestidos. Instruido Leopoldo de la residencia del rey de Inglaterra en el ducado de Austria, le hizo buscar por todas partes. El pajeillo abastecedor, reapareció en el mercado con vestidos suntuosos y guantes magníficamente bordados. Los espías de Leopoldo le prendieron, y el desdichado joven, puesto en el tormento, descubrió el nombre del rey y el albergue donde se hallaba. Corrió Leopoldo con sus hombres armados; en vano intentó Ricardo defenderse (21 de diciembre de 1192), pues se vió obligado á entregar su espada al duque de Austria, pariente de Conrado de Monferrato, y cuñado del emperador Isaak Comneno, triplemente ultrajado en estas personas y en la suya.

La nueva de la prision del gran rey Ricardo se propagó por todos los estados de Europa con una rapidez increíble en aquellos tiempos; pero á la vez bajo los

comun con que nació el tierno discípulo, coronaron del modo mas plausible los esfuerzos del amante profesor. Cada juego, cada embrion de Federico, era un destello elocuente que revelaba la fuerza sobrenatural del pintor de la época.

Don Fernando VII nombró pintor de cámara al señor Madrazo, padre, y con este motivo se trasladó con su familia á la corte de España en octubre de 1815.

Siendo la pintura un arte de suyo sublime, y participando de un enlace tan íntimo con las bellas letras, y hasta con las ciencias, no quiso don José Madrazo que su hijo se dedicara exclusivamente á las artes, sin recibir aquella educación literaria y clásica tan necesaria al hombre que debe pensar y estudiar la naturaleza de una manera filosófica y racional; no quiso, en fin, que su hijo se confundiera con ese inmenso catálogo de pintores adocenados que miran el arte como criatura de un pobre y servil mecanismo. Aplaudimos desde luego su resolución, seguros de que una inspiración instruida saca todo el partido de que es susceptible la imitación de la naturaleza.

Solo diez años contaba don Federico, cuando asistió en clase de alumno al colegio de Humanidades del señor Mata y Araujo, y bajo la inmediata inspección de este profesor distinguido aprendió con grande aprovechamiento gramática y latín. Desde allí pasó á la cátedra, que por este tiempo tenia abierta en Madrid, en su propio domicilio, el célebre poeta don Alberto Lista, con cuyo eminente profesor estudió matemáticas, historia y literatura, y á la vez asistía á la Academia de Nobles Artes de San Fernando, ejercitándose de día en el estudio del colorido, y de noche en el dibujo del yeso y del natural.

Una circunstancia muy especial evidencia los adelantos escusivos de nuestro jóven alumno en el arte de la pintura: á los catorce años de edad, pintó un cuadro de composición, que probablemente no sería de mérito escaso, cuando S. M. la reina doña María Cristina le conceptuó digno de ser colocado en su posesion de Vista-Alegre, donde actualmente se encuentra. Este cuadro representa la *Resurrección del Señor*; consta de unas siete figuras del tamaño pusinesco; obra notable por la corrección del dibujo, por su buen tono de colorido, aun cuando, como es de suponer, esta segunda circunstancia no guarda término de comparación con el colorido encantador é inimitable que tienen sus actuales obras.

A esta primera obra siguió otra donde se advierte un adelanto prodigioso. El trabajo que indicamos es un cuadro representando á Aquiles en la tienda, en el momento en que la mensajera Iris le dice que acuda á libertar el cuerpo de Patroclo, segun se refiere en el libro II de la Iliada. Este cuadro, que parece conserva su autor aun, á pesar de la superioridad infinita que tiene sobre el de la *Resurrección*, participa de una tendencia bastante conocida á la imitación de la escuela de David. Habiendo observado su padre esta viciosa inclinación, y juzgando que no debía imitar el que poseía dotes para formar escuela, ó al menos adoptar un estilo mas conveniente, procuró atajar en su principio el espontáneo sistema del jóven pintor, y á fin de conseguirlo le llevó consigo al monasterio del Escorial, que por entonces se hallaba enriquecido con excelentes obras de Rafael, con el objeto de que don Federico emprendiese otro carril en consecuencia de las nuevas impresiones que recibiría con las obras de los grandes maestros del buen gusto.

Por este tiempo pintó algunos retratos, entre los cuales se cuenta el del ilustrado don Diego Clemencin, y de él hacemos exclusiva mención, por los particulares elogios que hicieron de esta obra los inteligentes, en razon á su cumplida semejanza, á su excelente colorido, y á la extraordinaria firmeza que supo dar á la entonación de esta sencilla obra.

Pero lo que mas sorprende todavía es la resolución con que el jóven Madrazo, (que no contaba mas que 16 años,) quiso someterse á las rígidas exigencias de la Academia de Nobles Artes para aspirar al honroso título de académico de mérito. Como era consiguiente, aceptaron los individuos de dicha corporación, y el asunto que escogieron para examinar á nuestro novel artista fué la *Continencia de Escipion*. El señor Madrazo emprendió su obra con todo el calor y toda la decisión del genio, y al cabo de cierto tiempo, despues de un exámen rigido y escrupuloso, el señor Madrazo fué admitido en el seno de esta ilustre corporación por unanimidad de votos.

Estimulado con este triunfo singular redobló su ardor entregándose mas de lleno á un arte que le proporcionaba tan lisongeras demostraciones de admiración. Su aplicación llegó á ser tan excesiva, que su familia no pudo menos de concebir siniestros resultados, al verle casi continuamente enagenado en una fiebre mental, aborreciendo toda clase de distracciones, citando su única complacencia en el estudio de las artes y en la frecuente lectura de los autores clásicos, lo mismo poetas que historiadores ó arqueólogos. Con efecto; empezó á quebrantarse su salud á consecuencia de estas inusitadas tareas, y fué preciso poner un dique al daño que podia tomar incremento y producir resultados fatales. Resolvió su padre, á fin de calmar esta vehemencia, sacarle fuera de Madrid, y emprendió en su compañía varios viajes cortos, ora á Toledo, ora á los sitios reales, con lo cual consiguió, pasado algun tiempo, que su cuerpo se robusteciera y que se fuese calmando paulatinamente la eferescencia de su alterado espíritu.

Las angustiosas escenas ocurridas en lo interior del

palacio del real sitio de San Ildefonso, con motivo de la grave enfermedad que puso en peligro la vida del último monarca el año de 1832, fué causa de que el jóven don Federico Madrazo ejecutara su primera obra en el género filosófico, y una vez terminada ésta con el notable acierto que era de esperar, por real autorización se manifestó este cuadro al público en una exposicion extraordinaria en el Museo, donde un público tan numeroso como lleno de curiosidad tuvo el tiempo necesario para contemplarle detenidamente. Las figuras del mencionado cuadro son de tamaño pusinesco, lleno de retratos parecidísimos, y estremadamente notable por la singular y verídica expresion que existe en cada fisonomía. Esta obra, se halla en la actualidad en el palacio de Vista-Alegre.

Para este mismo recinto, encargó seguidamente S. M. la reina la ejecución de un techo, en que divididas en tres compartimientos, representó varias figuras de la música y la armonía.

El talento privilegiado de don Federico no podia quedar sin una recompensa á los ojos de S. M., y en su consecuencia fué condecorado con la cruz de Isabel la Católica y nombrado pintor de cámara supernumerario.

Por este tiempo emprendió su primer viaje á París, en cuyo gran centro de actividad pudo examinar todas las diferentes escuelas que encierran sus ricos museos. En esta capital no estuvo ocioso, pues pintó dos retratos, el uno del baron de Taylor, y el otro de Ingrens, célebre pintor. Estos retratos se pusieron al público el año de 1832, y desde entonces no ha tenido el jóven Madrazo tiempo suficiente para hacer todos los retratos que se le han encargado. Consignemos de paso, que al señor Madrazo es debida la fundación de aquel excelente periódico que se publicó en España titulado *El Artista*, en cuya colaboración se ocuparon los primeros ingenios literarios, y los principales artistas de la corte.

Colocado el jóven Madrazo en una posición independiente, cimentada en su mérito extraordinario, la voz del verdadero arte fué superior á la del lucro, y abandonando los retratos, buscó un terreno mas espacioso á su ambicion de gloria, emprendiendo desde luego la composición de un cuadro histórico. El asunto escogido para tamaña empresa fué *El Gran Capitan recorriendo el campo de Cerinola*. En primer término aparece el memorable Gonzalo de Córdoba, cabalgando un soberbio corcel blanco y rodeado de un séquito brillante. Gonzalo dirige una mirada contemplativa, llena de noble y lastimado ademán, á su enemigo el jóven duque de Nemours, al cual sostienen dos guerreros españoles, al paso que otros le contemplan con diferentes expresiones. El fondo, de un tono místico y sombrío, como corresponde á la triste gravedad de la escena, representa un campo de batalla al siguiente día del combate que recorren algunos pelotones de soldados que se columbran en vega lontananza. La escena no puede representarse con mas arte; diseño, expresion, claro-oscuro, perspectiva aérea, todo es digno de notarse en esta composición tan sobresaliente y tan llena de filosofía. Aun subsiste la viva impresion que produjo la presencia de este cuadro en la exposicion de la academia del año de 1836.

Despues de haber pintado algunos retratos con su acostumbrado acierto en la semejanza, partió de nuevo á París á mediados del año 37. Su primera obra en aquella capital, y por la cual mereció los elogios unánimes de la prensa francesa, la medalla de oro, y la distinción de pintar un cuadro para el Museo histórico de Versalles, fué el *Godofredo de Bouillon*, proclamado rey de Jerusalem. Este cuadro está colocado en la galería histórica de Versalles. La lectura de la *Historia de las Cruzadas*, le inspiró asunto para otro cuadro que pintó en seguida. El pasaje fué aquel en que se refiere la vision que tuvo Godofredo en el monte Sinai. Este cuadro le valió á su autor en París otra medalla de oro, y se espuso en la Academia de Madrid el año de 1839.

El héroe cristiano se presenta allí como el verdadero tipo del guerrero de la edad media; los reflejos que produce sobre la figura postrada aquel magnífico rompimiento de luz celeste, es una cosa tan admirable, como la belleza divina de los dos ángeles que hablan á Godofredo.

Esperábase á don Federico Madrazo otra série de triunfos, no menos satisfactorios. Despues de haber obtenido en España la cruz de Carlos III, á fines de 1840 se trasladó á Roma, donde debía definitivamente fijar su gusto y su escuela.

Aquella capital de las artes se hallaba á la sazón dividida en dos escuelas de pintura muy discordes entre sí; denominábase la una purista y la otra clásica; Madrazo se habia decidido siempre por la purista, y bajo su influencia emprendió allí el cuadro de las *santas mujeres en el sepulcro de Cristo*. Para comprobar el mérito indisputable de esta obra, será suficiente manifestar la manera con que le calificó el célebre Overbeck, cuyo artista declaró en presencia de un sinnúmero de profesores, que «era la obra mas bella en su género que cuantas habia visto hacia muchos años.» Este cuadro se halla actualmente colocado en uno de los salones del real palacio. Ademas de este cuadro pintó en Roma don Federico otros que merecieron igual aplauso.

El público desea ver con impaciencia el cuadro de encargo, y en el cual trabaja hace algun tiempo, cuyo asunto es *La proclamación de don Pelayo*, cuadro que debe figurar, con otros varios del mismo artista, en la sala de sesiones del Congreso.

Desde su regreso de Roma ha pintado este eminente artífice un sinnúmero de retratos, de cuya belleza y parecido se han hecho justos elogios en distintas ocasiones. En prueba de nuestro aserto podemos citar el fiel traslado del malogrado duque de Osuna, el de la señorita condesa de Teba y el de doña Leocadia Zamora, y otros muchos que sería tarea prolija enumerar.

Don Federico Madrazo posee el diseño por excelencia; es sorprendente su claro-oscuro, atractivo y seductor el colorido que da á sus figuras, y notable la expresion que tienen todas sus fisonomías. Nadie ha podido hasta hoy espresar con verdad tan delicada las infinitas ondulaciones de los ricos ropages. Hay artistas cuya emulacion les hace decir que Madrazo traspasa los límites de la verdad; pero de ese defecto, si defecto puede llamarse, adolecen tambien las obras del gran Rafael de Urbino. Ticiano fué un artista que se ciñó mas estrictamente que nadie á la manifestación de la naturaleza, y sin embargo, nadie desconoce la gran distancia que existe entre Rafael y Ticiano. Diga cuanto quiera la emulacion, por no llamarle otra cosa, Madrazo es un poeta con el pincel en la mano, ve mas allá de lo que ve el vulgo, y sus obras son la consecuencia de sus atrevidas concepciones.

Siga impávido nuestro eminente artista, que todavía no se ha cerrado para él la senda que ha de conducirle á mayor altura, puesto que se halla en la fuerza de su juventud, y por lo tanto todos tenemos derecho á esperar mas aun. La posteridad se tomará el encargo de continuar nuestra tarea respecto á la relacion de su vida artística. Esperamos con ansia ver las obras que presentará este año en la exposicion de la Real Academia de Nobles Artes, las cuales analizaremos juntamente con las de los demas artistas.

I. A. BERMEJO.

UN CRIMEN DE FAMILIA.

Mr. de M... consejero en el parlamento de Paris, fué un día á hablar con gran misterio á Mr. Herauld, superintendente general de policia. La conversacion fué larga y animada: el magistrado administrador tomó apuntes, las guardó en un legajo particular, y luego acompañó hasta su carruaje á aquel caballero, como lo exigia la etiqueta de la época.

¿Por qué habia ido Mr. de M... á las oficinas de la policia?... Su familia estaba consternada: habianse hecho dos tentativas de envenenamiento sucesivamente, sin que fuera posible descubrir al autor, aunque un paso atrevido del culpable debia hacerle sospechoso. Mas para que mis lectores puedan comprenderme mejor, será conveniente dar á conocer al consejero y su familia.

Frisaba en los sesenta y cinco años de su edad, y estaba dotado de mucha virtud y lealtad. Incorrupible en sus austeras funciones, gozaba de grande influencia en el tribunal, y casi siempre se seguia estrictamente su dictámen. Tres hijos casados y un obispo, que era el primogénito; tres hijas, sujetas como sus hermanos, á las leyes del himeneo, una hermana suya, viuda rica de un presidente de birrete, y otro hermano suyo, retirado con el grado y el sueldo de teniente coronel y la cruz de San Luis, vivian juntos en su espaciosa casa, situada en la calle de Francs-Bourgeois. Sus tres hijos tenian consigo á sus esposas, el mayor y el mas jóven tenian cada uno un niño: el segundo no tenia mas que niñas. Sus hijas llenaban la casa de chiquillos.

Aunque todos habitaban bajo un mismo techo, las diferentes parejas no comian en una misma mesa. Los yernos tenian su cocina aparte, pero los domingos, y en algunas otras festividades del mes, se reunian todos, sin mezcla de estraños, en derredor del padre comun: la madre habia muerto ya hacia años.

Una mañana Mr. de M... entró en su despacho y vió sobre el bufete una carta cerrada: la abrió, y su contenido decia:

«¡Tiembra desgraciado!... me has arruinado, atrayendo á tu opinion á tus compañeros. ¡Desde este momento te declaro guerra á muerte!... Tú y los tuyos perecereis sucesivamente, porque mi odio es tan profundo que tu pérdida sola no me satisfaría. No firmo: busca mi nombre entre tus numerosas victimas: difícil te será descubrirle.»

Mr. de M... desprecia aquella carta: en vano preguntó á sus gentes quién la habia llevado: nadie lo sabia: sin embargo, creyó que habia en su casa un cómplice del desconocido. ¿Mas quién podia ser... puesto que los criados, que habian encanecido en la casa, eran personas de confianza?

Poco despues de aquella declaración de guerra, se descubrió un veneno muy activo en la olla en que cocia la carne. Un pobre ayudante de cocina, queriendo satisfacer su apetito poco antes de comer, tomó algunas cucharadas de caldo, y al momento sintió dolores agudísimos en el epigastrio y en otras partes de su cuerpo. Suministráronle prontos recursos, y su vigoroso temperamento y su juventud lucharon en su favor: por fin vivió, pero achacoso y enfermizo durante mucho tiempo.

El consejero, sorprendido de aquella tentativa abominable, llamó á todos sus dependientes y les habló como buen amo: otro los hubiera despedido; mas él, por el contrario, los conservó, pero les dió á entender que un enemigo oculto y formidable habia jurado su pérdida y la de su familia, y les exhortaba que no se

dejasen seducir por un desconocido, que pronto ó tarde los conduciría al suplicio.

Heridos como por un rayo con aquella siniestra revelación, el mayordomo, el jefe de cocina, el repostero, el cocinero, el portero, los ayudados de cámara, el cochero, y las doncellas, cayeron á sus pies, le suplicaron sollozando, le juraron una fidelidad á toda prueba, y prorumpieron en invectivas contra el miserable que los había comprometido: Mr. de M.... hábil en juzgar á los hombres, no vió mas que corazones inocentes entre cuantos le rodeaban.

Desde entonces la vigilancia fué mas activa y la casa estuvo mejor guardada: las cocinas particularmente, se convirtieron en una especie de fortalezas, á donde no se podía llegar sino con mucha dificultad. Tantas precauciones, y el ardiente deseo de defender á un amo querido, no pudieron evitar que el hijo mayor, su muger, y dos de sus hijas sucumbiesen una noche de verano, á impulso de un activo veneno que habían echado en una garrafa de agua de grosella que bebieron con abundancia.

La jóven esposa se encontraba en el noveno mes de su embarazo. Las convulsiones del veneno precipitaron el parto, y al espirar dió á luz un niño, que los facultativos declararon viable á pesar de la catástrofe que había anticipado su venida al mundo.

El terrible golpe que tan rudamente acababa de herir al magistrado, no le permitió pensar en el recién nacido, que se presentaba bajo tan penosos y crueles auspicios. La muger del hijo tercero, cuyo bondadoso carácter se desplegó con aquella desgracia, tomando á su infeliz sobrino en sus brazos, le besó con una ternura en que dominaba el sentimiento maternal, jurando que en adelante viviría con su hijo, de quien sería hermano en vez de primo. Se encargó de buscarle una nodriza, y encontró una que justamente acababa de llegar de una provincia: apenas la débil criatura había entrado en el mundo, en el instante en que sus padres salían de él de una manera tan dolorosa, cuando le arancaron á las caricias de su abuelo para hacerle salir de París, y enviarle á treinta leguas de allí; al centro del Berry.

A consecuencia de aquella tentativa, que desgraciadamente tuvo un éxito asombroso, Mr. de M.... fué á depositar sus pesares y temores en el pecho del superintendente general de policía: Mr. Herault, interesado por Mr. de M.... le interrogó acerca de los antecedentes de su vida, sus relaciones, sus asuntos, los litigantes que pudieran haber sido perjudicados con sus fallos, y las familias de los condenados á muerte en cuyas sentencias había tenido parte.

Es un hecho, que la severidad de las leyes, sacrificando los intereses de cada uno á teorías de justicia, por el interés de todos, según se cree, jamás deja de exasperar resentimientos que se manifiestan mas pronto ó mas tarde. Un magistrado, por mas íntegro que sea, esclavo de la ley, que no tiene misericordia, paga entonces las violencias de una legislación que no está en su mano abolir, y que mira como sumamente equitativa, porque su educación y desahogada posición, le hacen naturalmente extraño á todas las circunstancias para que especialmente han sido formadas las leyes. Tranquilo en la seguridad de su conciencia, no vé nacer mil enemigos en derredor suyo, Montesquieu pensaba sin duda en esta verdad funesta cuando dijo: «Las sociedades políticas están atacadas de una enfermedad de languidez, de un vicio interior, de un veneno oculto.»

Mr. de M.... respondió á las preguntas con el calor de un hombre que nada tiene que acusarse. Su conciencia estaba tan pura y sus relaciones habían sido siempre tan conformes á las reglas de la equidad, que no sospechaba ningún enemigo. Mr. Herault le dió pocas esperanzas, porque no comprendía cómo había de proceder para descubrir la verdad.

Ocho dias despues de aquella catástrofe, Mr. de Vartelle, hijo tercero de Mr. de M.... oyó pregonar por la calle higos; abrió el balcón, llamó al hombre que vendía la fruta, la compró, y la subió á su habitación por medio de un cordón que ató á una cestita. Cuando tuvo la fruta en su poder fué á buscar á su padre para ofrecerla, mas sabiendo que había ido á visitar al señor obispo de Meaux, volvió á su cuarto, comió seis higos, y tardó muy poco en experimentar convulsiones horribles. A la primer noticia de aquella funesta ocurrencia, fueron á llamar á su esposa, pero estaba en cama, Mr. de M.... envió á buscar medios hábiles: llamaron á los médicos, y consignaron la presencia de una sustancia venenosa en los higos. En cada uno de ellos habían introducido muchos granos de arsénico pulverizado. El desgraciado vivió hasta el dia siguiente en que exhaló el último suspiro.

Aquella vez el inconsolable padre necesitó toda su religiosidad para no blasfemar de la Providencia, y entregarse á los mayores extremos atentando contra sí mismo. Un terror bien natural se difundió entre la familia: dos de sus yernos le participaron que querían viajar durante algún tiempo: pretesto que les servía para huir de aquella casa contaminada, y llevarse á sus mugeres ó hijos.

Mad. de Orgerel, hermana del magistrado, asustada como sus sobrinos y sobrinas, pensaba también en retirarse; pero lo suspendió por las vivas instancias de Mad. de Vartelle, la reciente viuda, que derramando copioso llanto, declaró que prefería la muerte al pesar de abandonar al abuelo de sus hijos. París admiró el valor de aquella compasiva nuera, sostenida bien pronto por su cuñado el obispo de.... que en vez de aban-

donar cobardemente á su padre, acudió desde su diócesis para participar de sus penas.

El obispo debía pasar un mes con su familia. El dia 23 se acostó con calentura, producida por el reuma: mandó que le preparasen una confeción ó tisana de borraja, azufraías, higos secos y miel rosada. Su tia y su cuñada la hicieron en el mismo cuarto: necesitaban azúcar, la pidieron, y se la llevaron en un azucarero de loza de Sajonia. El obispo bebió varias veces de aquella preparacion, y por la noche se declararon nuevos síntomas de envenenamiento. La eficacia del veneno era menor, y el obispo tuvo tiempo para hacer su disposición testamentaria, en la que nombró por heredero de todos sus bienes al hijo de Mad. de Vartelle, en caso de que muriese antes del niño de su hermano mayor, que había quedado huérfano.

No me detendré en pintar el estado de consternación de la familia de M.... despues de esta última pérdida, la desesperación del padre, el terror de los yernos y de las hijas, la indignación del público, la sorpresa de la autoridad y el desconcierto de la policía, furiosa por no poder descubrir al envenenador desconocido, tal hábil y tan malvado. Entretanto, un criado, favorito del hijo segundo (Mr. de Noire, padre del niño que se estaba criando en la provincia), entró una mañana en la habitación del consejero. Allí, arrodillándose delante de él le suplicó que le oyese hasta el fin lo que iba á decirle, y al mismo tiempo que no le opusiese una negativa.

«Señor, prosiguió, la antevíspera de la muerte de vuestro tercer hijo, Mr. de Vartelle, á cosa de las dos de la madrugada, sentí un fuerte sacudimiento en mi cama que hizo me levantase adormecido, y que abriese los ojos: grande fué mi espanto al ver en frente de mí á vuestro hijo Mr. de Noire, mi buen amo: estaba triste y pálido; me hizo seña de que no me asustase; pero su gesto no disminuyó mi terror: luego me dijo que pensase en salvar á su hijo. Pide á mi padre permiso para llevar ese niño muy lejos: que solo mi padre sepa á donde le conduce: sin eso morirá como va á morir mi pobre hermano Vartelle.

«Concluidas estas palabras, desapareció la vision; me desmayé, y no recobré el sentido hasta que ya había salido el sol. Por nada en el mundo me habría atrevido á hacerlos semejante revelacion, seguro de que la miraría como una quimera, y por lo mismo me callé. Dos dias despues espiró vuestro cuarto hijo: tuve remordimientos, pero guardé silencio. Era el martes último, y monseñor el obispo murió antes de ayer jueves, al anochecer me encontraba en la cocina en donde se había encendido lumbre para hacer dulce y otras provisiones de invierno. Sentado en un sillón estaba pensando en mi buen amo, cuando le sentí acercarse á mí y hablarme al oído; pero tan cerca, que su aliento frío y fétido me heló y me llenó de terror.—San Juan, me dijo, ¿tú no me has querido?—Si, amo mio, le contesté, y aun ahora mismo.—Pues bien, ¿entonces por qué no quieres darme el consuelo de ver á mi hijo, á mi pobre Exupero, librarse de la muerte? La muerte le amenaza, como va á herir á mi hermano el obispo de.... ¡pobre hermano!... ¡también éste!...

«Entró alguien; no oí marcharse á nadie; pero la voz calló. Abri los ojos, y vi llegar al cocinero, el cual me dijo:

«No os creía solo, San Juan.... esto es muy extraño: yo he oído hablar á alguno.—Soy yo, le contesté para evitar la sospecha de lo que me pasaba, que tengo esa mala costumbre. Hubiera debido, caballero, venir á buscaros; pero una necia timidez me ha contenido. No creí en la segunda prediccion, pero se ha realizado. He luchado algunos dias; mas el terror de volver á ver aparecer la fantasma, y por consiguiente el de que me anuncie otra desgracia, me ha decidido en fin, á cumplir con mi deber.»

Mr. de M.... escuchó con gravedad aquella estraña narracion. El criado le pidió permiso para hacer constar por una seña ó manchas la identidad del niño, y llevarse luego á Italia ó Alemania, y esperar con él allí á que fuese mas bonancible el tiempo.

A pesar del calor que San Juan empleaba en su narracion, el magistrado no pudo resolverse á cargar con la responsabilidad de un acto tan extraordinario: resistió y aplazó la contestacion para dentro de algunos dias. Como ya he dicho, era un hombre de talento y buen juicio, pero sumamente incrédulo, le costaba mucho persuadirse de que el cielo se sirviese de un criado para medianero con él, cuando la advertencia directa ya no ofrecía ningún obstáculo á las potestades sobrenaturales, y correspondía mejor á su objeto. Además, como solo había hablado despues de pasados los sucesos, ¿no podría aspirar por ese medio á adquirir una importancia que le hiciese hombre preponderante en la casa? Pudo muy bien haberle acometido un vértigo despues de tantas desgracias, y era muy arriesgado y difícil confiar tan delicado encargo á un visionario.

Sin embargo, Mad. de Orgerel, hermana del consejero, fué á su vez á decir á su hermano, que temerosa de una muerte violenta, como la de los demas individuos de la familia, quería no hallarse desprevenida, y disponer con anticipacion de sus cuantiosos bienes. Los dividía por partes iguales, entre Exupero, el huérfano y el jóven Ambrosio, hijo de la virtuosa viuda de Mr. de Vartelle, como los únicos varones que podían perpetuar su nombre y el tronco. Cada uno de ellos debía suceder al que muriese antes. Esto decidió al abuelo común á imitar el ejemplo de su hermana, y despues de separar la parte correspondiente á sus hijas, trasmitió toda su herencia al jóven Niore, y si éste muriese an-

tes, á su primo hermano. Estas disposiciones duplicadas, fueron confiadas á la interesante viuda, que satisfecha con la rica parte que Mad. de Orgerel dejaba á su hijo, y de la magnífica eventualidad que le aseguraban los testamentos del obispo y de Mr. de M.... juró á la faz de Dios que sería una madre tierna, sincera y cuidadosa del desgraciado huérfano.

Cerca de tres semanas despues de este acontecimiento, sería como media noche, Mr. de M.... velaba en su despacho, porque estaba encargado de un trabajo urgente, cuando empujaron suavemente una puerta que comunicaba con lo interior de la casa. Los criados no entraban ni salían por ella, sino para el servicio de la mañana y en casos extraordinarios. Sorprendido el magistrado de que llegasen hasta él por aquella via, se levantó, y acercándose, preguntó quien andaba allí. Creyó oír el nombre de San Juan; pero se quedó en duda, porque la contestacion fué en tono muy bajo. Abrió en efecto y vió entrar á aquel hombre con los cabellos erizados, el rostro demudado, y sin mas vestido que los calzoncillos, medias, zapatos y camisa; llevaba una vela en la mano.

—¡Ah! señor, exclamó; estamos perdidos; no he logrado convencerlos, y la muerte de vuestra señora hermana se halla muy próxima:

—¿Qué dices? desgraciado, respondió su amo consternado.

—Lo que acabo de saber; nos habíamos retrasado en la pieza donde nos reunimos los criados, y Rosita, (la doncella de Mad. de Orgerel) nos participó en secreto lo que según pretende, no sabe vd. todavía, señor....

—¿Qué?

—La marcha de la señora que se retira á su quinta de Borgoña. (Mr. de M.... efectivamente lo ignoraba). Esto nos ha dado motivo para trabar conversacion, de modo que ha llegado la media noche, y el mayordomo Mr. Dumas se ha incomodado. Tomamos cada uno nuestra luz, y subía por la escalerita cuando al llegar al tercer descansillo, aunque llevaba la cabeza baja, por que iba mirando los escalones, vi palidecer la luz, y que una cosa como un cuerpo me interceptaba el paso. Al punto comenzó á palpar mi corazón con violencia, y la sangre se me heló en las venas. Levanté la cabeza, y era mi amor... pero esta vez irritado, furioso: me ha llamado bribon, miserable, mal criado, y poco afecto á la casa: me ha mandado que vuelva á veros, y que os desobedezca si no me permitis salvar al buerfanito: en este caso tendria que arrebataroslo á vos mismo. Por último, me ha pegado fuertemente con un baston que llevaba en la mano, y apretándome con tanta fuerza, que debo tener los brazos magullados. «Por último, ha dicho antes de desaparecer, la próxima muerte de mi tia, anunciará á mi padre si soy un profeta falso.»

Mr. de M.... mas asombrado de aquella revelacion que de las anteriores, porque iba acompañada de vias de hecho, alzó por sí mismo con la mayor viveza las mangas de la camisa del criado, y con horror reconoció en la piel manchas negras, amarillentas y lividas, señales irrefragables de la fatal aparicion. Su incredulidad sufrió un fuerte revés, aunque por un resto de escrupulo, no se rindió inmediatamente. Lo maravilloso obra sobre nosotros con mas fuerza, cuando nos hallamos poseídos de una impresion dolorosa. Quedóse pues, consternado; reflexionó, despidió á San Juan, y le aconsejó se retirase á descansar.

—Mañana, á las once, le dijo, á mi regreso de la audiencia vuelve aqui por la misma escalera, te daré instrucciones y partirás.

Efectivamente, al dia siguiente, San Juan, provisto de cartas para el arzobispo de Bourges, para el intendente de la provincia, el jefe de la fuerza de seguridad pública, el teniente civil del Senescal, el fiscal de la audiencia y de actas de identidad, y de señas de reconocimiento que debían imprimirse en el niño antes de llevarsele, á presencia de personas de gravedad, marchó bajo pretesto de que dejaba el servicio de la casa, y regresó á su rústico hogar en la Baja Bretaña.

Su partida asombró á toda la casa y á la virtuosa viuda mas que á los demás, aunque dió á entender á su suegro que aquel hombre no era muy seguro. Dos dias despues la doncella de Mad. de Orgerel, salió y no volvió. Aguardáronla hasta muy tarde, pero en vano: hacía las dos de la madrugada, se oyó una espantosa detonacion en la pieza inmediata á la habitación de Mr. de M.... y de su hermana, que despertó á cuantos dormían, é hizo correr á todos hacia el punto amenazado. El efecto de una mina ó máquina infernal, afortunadamente no completo, hizo saltar paredes, derribó tabiques, hundió techos y suelos. Una doble tentativa había tenido por objeto concluir con la existencia del magistrado y de Mad. de Orgerel: ésta pereció, pero según se creyó, únicamente de miedo, porque la encontraron tendida en un rincón de la alcoba, sin ninguna lesion exterior, y la autopsia cadavérica tampoco presentó señales de muerte violenta: Mr. de M.... mas afortunado, solo sufrió algunas contusiones. En una estufa de la habitación de Mad. de Vartelle, se encontró un paquete que contenía pólvora, balas, y pedazos de hierro, cobre, y vidrio machacado. Sin duda el malhechor no había tenido tiempo para prenderle fuego.

Semejante atentado llenó á todo París de terror, y puso en campaña á la policía. La doncella de la hermana, como ni se sabía de ella, ni se había presentado, y todas las pesquisas fueron inútiles, se conceptuó que había sido el instrumento de la mas abominable de las venganzas.

La córte y los ciudadanos fueron á visitar á Mr. de M.... y su nuera, y los felicitaron por haberse librado

de aquella maquinacion. ¡Ay! ¡semejante dicha era muy triste! Aquel padre privado de todos los suyos, aislado, obligado á ocultar á su heredero legitimo, pasaba dias muy penosos. En fin, aguardaba noticias de su criado, cuando su nuera, entrando en su habitacion con un dolor estremado, le participó que su apoderado de Berry la escribia que un desconocido habia robado al jóven Exupero, y que habian sido infructuosas las diligencias practicadas para encontrarle.

Mr. de M... por un exceso de prudencia de que se se ruborizaba, vaciló en un principio en si confiaria ó no á su nuera la parte que habia tenido en aquel acontecimiento. Su fiel criado le habia exigido en nombre del fantasma, la mayor discrecion con sus parientes mas próximos, circunstancia que no le referido, pero que ahora recuerdo. Sin embargo, avergonzado de obrar de aquel modo con una muger tan virtuosa y tan cariñosa, la confió todo cuanto habia pasado. Mad. de Vartelle escuchó con júbilo aquella revelacion, y aprobó semejante exceso de precaucion. Luego hizo á su suegro la observacion, de que habia obrado mal en querer conservar el solo el secreto, porque podia perecer victima de su implacable enemigo. Entonces el porvenir del heredero de tan inmensa fortuna, dependia de un hombre poco conocido. Las hijas de M... y sus maridos no podrian probar la identidad de un niño, que nada recomendaria mas que el dicho de San Juan. El magistrado respondió á su nuera que tenia razon, y que pensaba tomar por confidentes en aquel negocio, á su hermano el teniente coronel, y al primer presidente del parlamento.

—Siempre esperaba, replicó Mad. de Vartelle, merecer mas atencion por parte de mi padre.

—Hija mia, vuestro sexo ha sido el único obstáculo para ello. Ya comprendereis, que en justicia, la declaracion del señor presidente será de mas peso que la vuestra. Debo preveer y evitar las dudas como me habeis dicho.

Mad. de Vartelle se retiró medianamente satisfecha: las razones que la daba el magistrado, eran demasiado explicitas para que pudiese insistir.

Una noche, el portero de la casa, fué á decir á Mr. de M... con gran misterio, que San Juan habia vuelto y queria hablarle. El magistrado le mandó entrar, y aquel hombre le participó que no habia encontrado sitio mas seguro para ocultar á su pupilo, que el mismo París. Que le habia entregado á una hermana suya que vivia en la montaña de Santa Genoveva: que desde allí, podia velar sobre él, mejor que si estuviese á larga distancia, pero que siempre, en nombre del fantasma del padre del huérfano, le estaba prohibido á Mr. de M... el tomar por confidente á ninguno de los individuos de su familia.

San Juan, á quien su amo no se atrevia á confesar la revelacion casi completa que habia hecho á su nuera, volvió á quedarse en la casa. Trascurrieron muchas semanas, cuando una mañana, al levantarse Mr. de M... se le presentó aquel criado pálido y con el rostro desencajado por atroces dolores.

—En nombre de Dios, enviad á llamar al señor fiscal del parlamento (audiencia), al señor teniente civil, y al señor superintendente general de policia, tengo que hacer ante ellos una declaracion muy importante; daos prisa, porque voy á morir muy pronto: un contraveneno activo suspende; pero no destruirá el tósigo que me mata.

Aquellas palabras asombraron á Mr. de M.... Salia mientras su hermano quedaba al cuidado de San Juan, á instancias del mismo, que le suplicó no le dejase con nadie, San Juan preguntó en donde estaba Mad. de Vartelle.

—En la iglesia, le contestaron, ha ido á comulgar. San Juan, al oír aquella contestacion, dió dos ó tres carcajadas. El magistrado, muy propenso á explicarse el horroroso misterio que le rodeaba, no solo buscó á los tres personajes designados, sino tambien al primer presidente, y á otros compañeros suyos, que casualmente encontró en casa del fiscal. Delante de este severo tribunal, San Juan refirió los hechos siguientes:

Mad. de Vartelle, que aborrecia á su marido, queria aumentar su fortuna y quedarse viuda para casarse con un duque y par que la amaba en secreto, y que sin embargo no consentia en enlazarse con ella, sino en el caso de que se enriqueciera mucho. Para conseguir este doble objeto, debia obrar de modo que reuniese en la persona de su hijo todas las herencias de sus ascendientes, y deshacerse de su marido. En su consecuencia, se dedicó al estudio de los venenos, y para alejar las sospechas que pudieran concebirse contra los de la casa, hizo escribir por precio de cinco luises á un escribiente del barrio de los Inocentes, que San Juan nombró, y que mas tarde fué examinado y careado con la culpable, la carta que tanto alarmó á Mr. de M.... Habiendo ganado luego al mismo San Juan, les fué muy fácil á los dos el deshacerse alternativamente de todas las victimas. Ella fué, la que aprovechando aquella circunstancia, envenenó los higos que compró su marido, mientras fué á la habitacion de su padre. Luego, saliendo de la casa por una puerta que daba á una calle inmediata, fué á esperar en la iglesia el resultado de golpe tan atrevido.

Sin embargo, cuanto mas se multiplicaban los crímenes en la casa, menos podia acostumbrarse á ellos San Juan; pero sabiendo que moriria si delataba á su cómplice, y no teniendo ninguna prueba fehaciente que oponerla, ideó el cuento de la aparicion de su antiguo amo, y llegó hasta golpearse él mismo con un palo, para imponer á Mr. de M... Sabia que si aquella muger abo-

minable lograba tener á su disposicion al primer heredero de aquella familia, no le haria morir hasta que no hubiese heredado á todos sus parientes y á su abuelo, por que entonces, su hijo, á falta de aquel, seria el único representante de las ramas masculinas, y que en cuanto adquiriese aquellos bienes, su madre le despojaría de ellos para apropiárselos. Pues bien, haciendo desaparecer al jóven Exupero de Niore, que la Providencia habia hecho nacer en tan mala hora para frustrar aquellas combinaciones infernales, eran ya inútiles las muertes de M. y de su hermana.

Madama de Vartelle, deseando que no pudieran alcanzar á las sospechas del temerario golpe á cuyo impulso debian perecer su suegro y madama de Orgerel, dispuso aquel crimen con tanta habilidad como los anteriores.

La desgraciada doncella de madama de Orgerel, alestada con opio, habia sido arrebatada de su lecho durante la noche por aquella misma furia, despues de recibir varias punaladas en el corazon, arrojada en un pozo subterráneo de la cueva de la casa, en donde efectivamente la encontraron. En seguida, dispuso en su misma habitacion la mina artificial á que no prendió fuego, y que descubierta despues, dió márgen á creer que tambien á ella la querian hacer morir. Su mano fué la que puso fuego al aparato que produjo la muerte de Mad. de Orgerel; San Juan, antes de marcharse, no habia sabido nada de esto; pero á su regreso, la jóven parricida, queriendo volvérselo á atraer, se lo habia manifestado.

Encolerizada por no poder saber de Mr. de M... ni de San Juan en donde estaba oculto el niño, objeto capital para ella, se determinó á deshacerse de su cómplice, con la esperanza de que con él se perderia la huella de su sobrino, y que al menos se podria disputar al niño su legitimidad. San Juan, que desconfiaba de ella, no comia en la casa, y no comprendia cómo habia conseguido envenenarle.

En la mañana de aquel dia se observó que se aproximaba su muerte. Habia tomado un poderoso antidoto, que aun que no muy fuerte para salvarle, retardaria bastante su fin para que llegase despues de la venganza. Aquel hombre indicó los sitios en donde se encontrarían restos de veneno y de máquinas infernales de que Mad. Vartelle se habia valido: señaló los drogeros, judios y boticarios que habian suministrado las primeras materias; y por último, manifestó en donde se hallarian unos papeles que ilustrarian la conciencia de sus oyentes.

Poco despues espiró San Juan, á tiempo que la sacrilega muger entraba en la casa, de vuelta de los Minimos de la Plaza Real, á donde se habia atrevido á ir á comulgar. Presa de improviso y conducida á una cárcel retirada con un nombre supuesto, no pudo sobrevivir á su deshonra. Se ahorcó con un pañuelo de seda, y debió sufrir dolores atroces antes de espirar, porque habia luchado violentamente con la muerte, como lo probaron las numerosas contusiones de que estaba cubierto su cuerpo.

Esta espantosa ocurrencia ocupó mucho á la policia y fué causa de que se redoblase la persecucion y las pesquisas contra los envenenadores de ambos sexos, que parecian querer renovar las épocas funestas de Brinvilliers y la Voisin.

ESTUDIOS BOTANICOS.

De las flores.

La corola es la parte mas brillante del vegetal y á su brillo y viveza de colores débese principalmente el

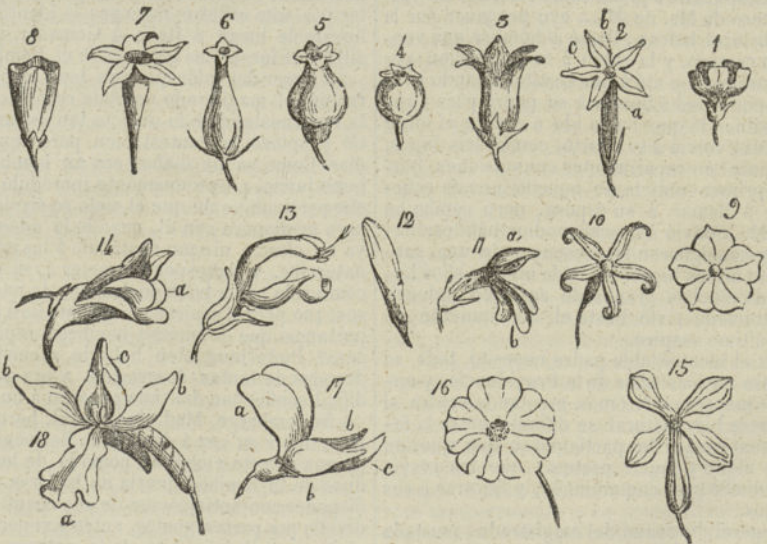


Lámina 8 a

embeleoso que nos causan las flores. A veces aun presenta la corola otro atractivo en el olor que exhala; pero este placer no está siempre libre de peligro. Así

á la luz como en la oscuridad exhala el gas ácido carbónico y nunca el gas oxígeno; por lo que puede uno asfixiarse con flores muy odoríferas. lo mismo que con el carbon: hasta las flores que ningun olor despide pueden ser dañosas y producir intensas cefalalgias; por lo que es muy imprudente conservar flores de noche en la estancia de dormir.

La naturaleza destina la corola á proteger los órganos de la fecundacion: en lo que representa el mismo papel que el seno de los animales, abrigando al embrión y defendiéndole de las injurias del aire y de otros accidentes que pudieran destruirlo en el instante mismo de su nacimiento. Este es su primer uso y utilidad bien establecida. Si se pregunta por qué la naturaleza ha variado de mil maneras la forma de las corolas, para lograr siempre el mismo objeto, los botánicos se ven obligados á no responder sino con hipótesis.

§ I.

Corola monopétala regular: puede ser: *tubulada*, lám. 8, fig. 1, cuando su base consiste en un tubo, *tubulosa*, fig. 2, cuando el tubo es mas largo que el diámetro del limbo: *campanula* ó *campaniforme*, fig. 3, cuando tiene la forma acampanada ó de campanilla; *globulosa*, fig. 4, cuando tiene la forma de un glóbulo; *ovoidea* cuando de un huevo; *urceolada*, fig. 5, que se ensancha en la base y se va estrechando superiormente; *claviforme*, fig. 6, es lo mismo que la precedente, pero mucho mas prolongada á manera de porra; *infundibuliforme*, fig. 7, cónica en la parte superior y que se estrecha formando un tubo á semejanza de un embudo; *hipocratesiforme*, fig. 4, cuando el limbo se ensancha de repente empezando desde el tubo, y presenta los bordes ligeramente encorvados á semejanza de una salvilla, *ciatiforme*, fig. 8, con tubo cilindrico algo dilatado superiormente, y limbo recto; *rotacea*, ó en forma de rueda, fig. 9, con el tubo muy corto, y el limbo abierto y llano; *estrellada*, fig. 10, circular y con divisiones puntiaguadas lo que le da la semejanza de una estrella.

Estúdiase tambien el tubo, fig. 2, a; la garganta, fig. 2, b; y el limbo, fig. 2, c.

El tubo es siempre rectilíneo, pues suponiendo en él la menor curvatura, la corola dejaria de ser regular: puede ser *delgado*, *convexo*, en forma de porra ó de prisma; con *apéndice interior* ó con *nectario*.

La garganta no es otra cosa que el orificio ó entrada del tubo; puede ser *angulosa*, y entonces se llama *trigona*, *tetrágona*, *pentágona* etc.; *simple* ó desnuda y sin apéndices; *apretada*, menos ancha que el tubo; *cerrada* por medio de escamas ú otros apéndices, etc.

El limbo es la parte superior de la corola partiendo del tubo. Puede ser *hendido*, fig. 10, con recortes estrechos, en cuyo caso toma los nombres de *bifido*, *trifido*, *cuadrifido*, etc., con dos, tres ó cuatro recortes; *lobulado*, fig. 11, con recortes anchos llamados *lóbulos*, y entonces denominase *bilobulado*, *trilobulado*, etc. No deben confundirse los lóbulos por muy profundos que sean con los pétalos. El limbo puede ser tambien *nectarífero*, dotado de glándulas, escamas ú otra cualquiera especie de apéndices, porque en una flor todo lo que no sea estambres, pistilos, pétalos ó foliolo calicular, lleva el nombre de *nectario*.

§ II.

Corola monopétala irregular. Con relacion á sus formas generales se ha denominado: *ligulada*, fig. 12, cuando el limbo forma una prolongacion en forma de lengüeta, mas ó menos larga ó mas ó menos ancha, por ejemplo, los semi-flósculos de las flores radiadas; *labiadas*, fig. 14, cuando el limbo forma dos divisiones,

una superior, llamada *labio superior*, a, y otra inferior, llamada *labio inferior*, b. Alguna vez la corola labiada carece de labio superior, en cuyo caso se llama *unila-*

biada, puede tambien ser en forma de garganta, figura 13, cuando la separacion de los labios ofrece alguna semejanza con las fauces de algun animal, como la *salvia*; en forma de *hocico* ó de máscara, fig. 14, cuando los dos labios están cerrados por una eminencia que sale de la garganta, á la que llaman *paladar*. La corola labiada es tambien *encorvada* cuando el labio inferior es mucho mas largo que el superior.

Estúdiense tambien los dos labios, á que se dan los mismos nombres que se han empleado en el estudio de las hojas.

Lo mismo decimos en cuanto al tubo que puede ser *arqueado*, *casi recto*, *convexo* anterior y posterior-

el articulo anterior. En aquellas cuya corola no tiene una campanilla profunda y pendiente en cuyo fondo se esconden los estambres y pistilos, los pétalos están dotados de cierta sensibilidad, por la que se cierran de repente al acercarse la lluvia ó la tempestad.

DEL PÉTALO: fig. 1. Como dijimos, hay que notar en el pétalo la *lámina* ó *limbo*, *a*, y la *uña*, *b*. Para describir el limbo nos servimos de las mismas palabras empleadas en la descripcion de la hoja; y en cuanto á la uña no se considera mas que su anchura, longitud, color, y los apéndices que puede tener.

Los pétalos en su union pueden ser tambien *opuestos*, colocados en frente á las divisiones del cáliz; in-

uno, dos, tres, cuatro ó muchos sépalos ó foliolos.

Lámase el cáliz *regular*, fig. 6 y 7, cuando todas las partes de que se compone son semejantes; é *irregular*, cuando son desemejantes en la forma, dimensiones, etc. Por lo demas en la descripcion del cáliz se emplean los mismos términos que para la de la corola á que se compara en cuanto á la longitud.

Es muy necesario ver si es *adherente*, ó que forma continuacion del ovario, si es *libre* ó *inadherente*, sin adherencia de ninguna especie con este; ó *semiadherente*, cuando solo se adhiere al ovario en un punto de su longitud. Con respecto á la duracion, es lo mismo que la corola, *cáduco*, *deciduo*, *persistente*: pero cuando despues de la florescencia subsiste y crece, entonces se llama *acrescente*, fig. 9; por último, se llama *indivual* cuando permanece y cubre el fruto, como en la pera de la que forma la piel.

De las flores heterogéneas.

Llamamos tales á aquellas flores que por su naturaleza se alejan de las que hasta ahora hemos descrito, como son 1.º las flores *glumáceas*; 2.º las flores *conjuntas*, 3.º las *espadíceas*.

1.º Flores *glumáceas*, fig. 10, háse dado este nombre á las flores de las gramíneas, pues de tal modo se diferencian de las demas, que ha sido necesario hacer un vocabulario particular para describirlas. La flor *glumácea* consta de *envoltorio* A; de la *gluma* B; del *pedicelo* B C. La *raspa* es el envoltorio exterior que sirve de cáliz y envuelve los órganos de la fecundacion. Algunos botánicos le llaman *gluma*, las piezas de que consta se llaman *válvulas* ó *espathelas*: son de una sustancia seca, dura, y *paliacea* ó de la naturaleza de la paja.

Obsérvase si las válvulas son: *alternas*, cuando la una está situada algo superior á la otra, y entonces se distingue en *válvula superior*, y *válvula inferior*; *unilaterales*, cuando todas están adheridas por el mismo lado; *opuestas*, cuando están situadas una en frente de otra, y la que está colocada en el lado del eje de la espiga se llama *interna*, y la otra *externa*; *conjuntas*, cuando están opuestas y adheridas por los bordes. En cuanto á su forma se caracteriza con los mismos nombres que los pétalos ó las hojas. A menudo tienen una *arista* ó *barbas*, fig. 10, y en este caso son *aristadas* y cuando no tienen aristas se llaman *mulicas*.

Las *aristas* pueden estar colocadas en el dorso de la gluma, en la base ó en la punta. Se examina si son mas ó menos largas que la flor ó la espiga á que se comparan. Pueden formar un ángulo á manera de codo y son *ganiculadas*; pueden presentar articulaciones y entonces se llaman *articuladas*; en fin, se llaman *torcidas*, *entortilladas*, *desnudas*, sin pelos ni garfios; *ganchosas*, provistas de pelos que terminan en forma de garfio, cuya punta mira á la parte superior de la espiga; y *terminales*, fig. 10, D, unidas á la parte superior, *dorsales*, unidas al dorso; y *basilares* á la base.

2.º Flores *conjuntas*: Lámase así á la reunion de varias flores en un mismo involucre ó cáliz comun. Las flores compuestas se llaman *compuestas* ó *sinantéreas*, cuando los estambres están adheridos por las anteras; *agregadas*, cuando las anteras están sueltas y libres: *ficoideas*, cuando las flores, como sucede en el higo, están envueltas en un receptáculo suculento y carnoso.

(a) Flores *compuestas*. Estas constan 4.º de un involucre fig. 11, b, involucre esterno que en generacion tiene una forma convexa y se compone de varias escalmitas verdes y foliáceas: 2.º del *receptáculo comun*,

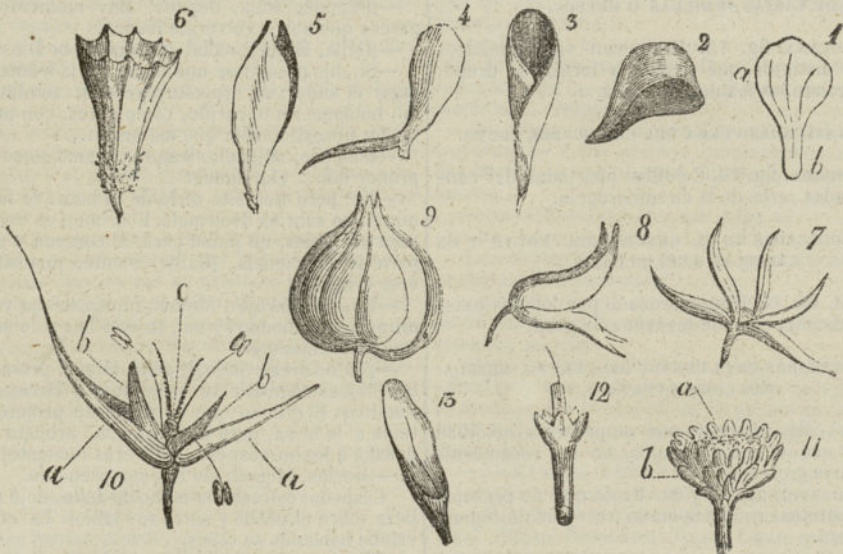


Lámina 9.ª

mente, etc. A veces está dotado de una especie de cuernecillo mas ó menos largo que se llama *espolon*.

§ III.

Corola monopétala anómala. Llámase así las corolas cuyas formas no pueden referirse á ninguna de las que hasta ahora hemos descrito.

§ IV.

Corola polypétala regular. La corola es polypétala cuando consta de muchos pétalos; y regular cuando estos tienen la misma forma, tamaño y distancia del centro. En este caso la flor será *cruciforme*, ó *cruciada*, fig. 15, cuando consta de cuatro pétalos con su *uña*, largos, lamellosos y dispuestos en forma de cruz, por ejemplo, la berza. Cuando la *uña* es muy corta, y la *lámina* que forma los pétalos está separada de las demas desde el punto de insercion, la flor se llama *rosácea* en lugar de *cruciforme*; *rosácea*, en *rueda*, fig. 16, cuando consta de tres, cinco ó mas pétalos divergentes y dispuestos á manera de rosa con la *uña* corta, como en el manzano, etc.; *caryofíllada* cuando está compuesta de cinco pétalos cuyas *uñas* muy largas están ocultas en el cáliz.

§ V.

Corola polypétala irregular. Es de diversas especies, pero los botánicos las han reducido solamente á dos: la corola *papilionácea*, y la corola *orchídea*.

1.º La corola *papilionácea*, fig. 17, está compuesta de cinco pétalos que han recibido denominaciones particulares. El superior por lo comun es grande y levantado y es el *estándarte* ó *pabellon*: *a*. Los laterales, que regularmente se aproximan por su cara interna se llaman las *alas*, *b*, *b*. Los dos inferiores casi siempre adheridos por uno de sus bordes, y formando entre sí una cavidad mas ó menos profunda, en que se hallan abrigados los órganos de la fecundacion, llámase la *quilla*, *c*, por ejemplo, la flor del guisante.

2.º La corola *orchídea* consta de seis pétalos, cinco superiores, y uno inferior, el cual se llama, segun Linneo, *nectario*: regularmente es mas ancho que los restantes y afecta á veces mil formas caprichosas, como de una mosca, de una abeja, de una araña, de un dragon, de un hombre ahorcado, etc.: tiene esta corola dos pétalos laterales en forma de *alas*, *b*, *b*; y tres superiores levantados, *c*, á los que muchos botánicos no consideran como formando parte del cáliz: véase por ejemplo el *satirion*.

3.º A esta seccion pertenecen tambien todas las flores polypétalas *anómalas*, ó que no pueden referirse á ninguna de las que acabamos de describir, por ejemplo, la *violeta*, el *acónito*, etc.

Si examinamos las flores regulares, veremos á la naturaleza tomar una marcha particular para proteger á los órganos de la fecundacion. Las flores campanulas, por ejemplo, no presentan tan á menudo su disposicion en racimos ó paniculos, y no obstante la mayor parte florecen unas despues de otras, tal como por ejemplo acontece en la *campanilla*. Pero la naturaleza emplea otro medio diverso de los que acabamos de indicar en

terpuostos, alternando con dichas divisiones del cáliz; *inflectos*, encorvados hácia el centro de la flor; *reflectos*, encorvados hácia atrás; *envueltos* ó encorvados por la parte superior hácia el centro de la flor; *levantados*, ó que se enderezan en direccion paralela al eje de la flor; *encorvados lateralmente*, cubriéndose unos á otros por los lados; *unilaterales* ó dirigidos todos hácia un mismo lado de la flor; *naviculares*, cóncavos y prolongados en forma de navicilla; *galeiformes*, en forma de casco, fig. 2, abovedados y abiertos interiormente; *cupuliformes*, fig. 3, en forma de cucurucho; *espolonados*, fig. 4, prolongados en su parte inferior formando punta hueca á modo de espolon; *anómalos* ó *disformes*, irregulares y sin forma determinada; *conjuntos*, débilmente adheridos por la base ó por la cúspide.

Con relacion al número de los pétalos llamaré la flor *apétala*, la que no tiene ninguno, *monopétala*, *dipétala* *tripétala*, etc., *polypétala*; de uno, dos, tres, etc., ó muchos pétalos.

Con respecto á la duracion de los pétalos decimos que la corola es *persistente*, cuando se deseca sin caer despues de la fecundacion; *pasagera*, cuando cae luego de verificada esta; *cáduca* ó *fugaz*, cuando cae así que se abre la flor.

DEL CALIZ. Lámase cáliz al envoltorio inferior de los órganos de la fecundacion; ó mejor del *periantio*

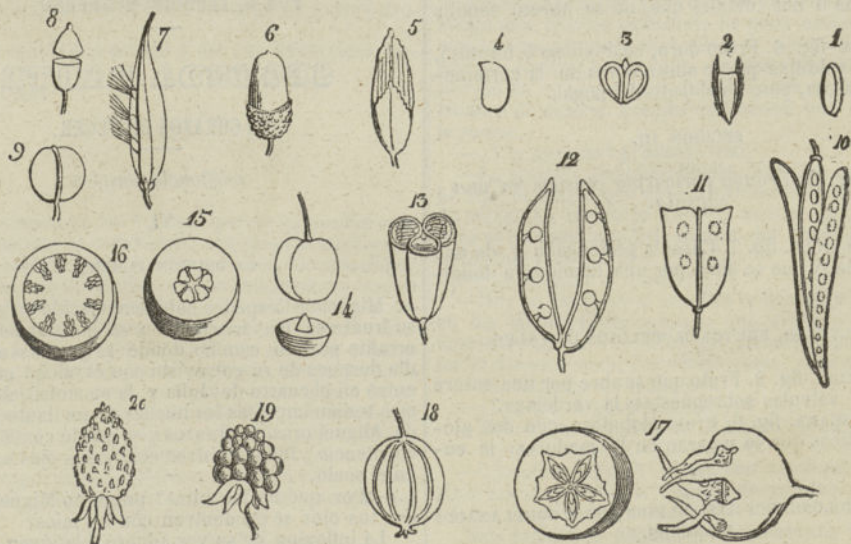


Lámina 10.ª

doble. Lleva los nombres de *monophilo*, cuando está formado por una sola pieza, fig. 6; y *polyphilo* cuando consta de varios foliolos, fig. 7, algunos botánicos modernos han sustituido al nombre *foliolo* el de *sépalos*; y así puede significarse lo mismo con los nombres *monosépalo*, *disépalo*, *trisépalo*, *tetrasépalo*, *polisépalo*: de

fig. 11, *a*, parte regularmente plana ó convexa, mas ó menos carnosa rodeada inmediatamente por el involucre, y que sostiene las flores. 3.º Los *flósculos*, fig. 12, corolas pequeñas monopétalas, situadas en un receptáculo, tuberculosas y en figura de cuernecillo. 4.º *Semiflósculos*, fig. 13, corolitas monopétalas, pues:

tas así mismo en un receptáculo, cuyo limbo irregular se prolonga de un solo lado. Vamos á particularizar estos órganos.

Flósculos, fig. 42, pueden ser iguales entre sí, ó mas largos unos que otros; los exteriores, ó de la circunferencia mas ó menos largos, y lo mismo los del centro, si son semejantes unos á otros; á uno, dos, tres ó cuatro dientes; enteros, delgados, anchos, etc. Las flores que en su receptáculo no tienen mas que dos flósculos, llámense *flosculosas*.

Semiflósculos, fig. 43; estúdiense en cuanto á su número, color, comparados con los flósculos. Considérase si están estendidos ó encorvados: cuál es su sexo, ó si son hermafroditas, masculinos, femeninos y neutros ó estériles: si tienen el borde entero, escotado, dentado, bidentado, tridentado, arrollado. Las flores que solo tienen semiflósculos llámense *semiflosculosas*; y radiadas cuando en el centro tienen flósculos y en la circunferencia semiflósculos.

Las flores tienen además de los órganos particulares de que hemos hablado en el artículo anterior, otros, que no pertenecen á los envoltorios ni á los órganos de la generacion, y cuyos usos son desconocidos, tales son el *nectario*, el *espolón*, la *corona*, la *escama*, la *urceola*, el *capucho*, etc., que Linneo abraza bajo la denominacion general de *nectarios*.

DEL FRUTO.

El fruto en los vegetales todos no es mas que el ovario fecundado, que ha adquirido to lo su desarrollo, ó si se quiere, su madurez. Consta del pericarpio y de la semilla.

CUADRO DE LOS FRUTOS.

SECCION I.

Bracteas que en su madurez toman la apariencia de un pericarpio ó de una parte del fruto.

1. **ESPICA**. Bracteas escamosas formando doble cáliz, que encierra la semilla, y que rodea á un eje comun simple ó ramificado.

2. **Cono ó Estróbilo**. Escamas formadas de bracteas coriáceas, ó leñosas, imbricadas alrededor de un eje comun que cubren el pino, el abeto, etc.

3. Escamas formadas de bracteas secas y foliáceas que dejan ver el eje que rodean; como el sauce.

SECCION II.

Pseudos permas: semillas desnudas, y cuyo pericarpio es poco ó nada aparente.

4. **CARIOFSA** fig. 1. Fruto seco, cuyo pericarpio está tan adherido al tegumento de la semilla que se confunde con éste: el trigo.

5. **AKENIO**, fig. 2. Un solo fruto con pericarpio membranoso, el cual, aunque adherente á la semilla, es sin embargo distinto: las compuestas.

6. **POLIKENIO** fig. 3. Dos frutos reunidos; pericarpio membranoso que aunque adherente no es distinto: las ombelíferas.

7. **UTRÍCULA**, fig. 4. Fruto no adherente al cáliz; pericarpio poco aparente; un cordon umbilical distinto: las amarantáceas.

LAS OLIGOSPERMAS Ó DE MAS DE UNA SEMILLA, BIEN QUE NO DE MUCHAS.

8. **SAMARA**, fig. 5. Envoltorio coriáceo, membranoso, muy comprimido, foliáceo en los bordes, dividido en una ó dos celdillas que no se abren: semilla del olmo.

9. **NUEZ** fig. 6. Fruto duro, casi leñoso ó huesoso, con pocas celdillas que se abren antes de la germinacion: la bellota, pero no el fruto del nogal.

SECCION III.

Capsular: fruto cuyo pericarpio consiste en una capsula.

10. **FOLÍCULO**. fig. 7. Cápsula prolongada y de una sola celdilla, y que se abre por una hendidura longitudinal.

BIVALVULOS, FRUTOS GLOBULOSOS Ó OVALES.

11. **PIXIDO**. fig. 8. Fruto que se abre por una sutura trasversal; válvulas sobrepuestas: la verdolaga.

12. **CASCARA**. fig. 9. Fruto globuloso, con dos glóbulos elásticos que se separan en la madurez: la euforbia.

FRUTOS PROLONGADOS CASI CILÍNDRICOS, Ó COMPLANADOS Y ANCHOS.

13. **SILICUO**, fig. 10. Dos suturas longitudinales ambas igualmente marcadas y que unen las dos válvulas; frutos cuatro veces mas largos que anchos: el rábano.

14. **SILÍCULO**. fig. 11. Dos suturas igualmente marcadas y longitudinales, fruto que no es cuatro veces mas largo que ancho.

15. **GUSO**. fig. 12. Dos suturas longitudinales, de las cuales es mas marcada la que mantiene adheridas las semillas que la opuesta: los guisantes.

MULTIVALVULAS.

16. **CAPSULA**. fig. 13. Frutos que se abren por sí mismos, y no entran en ninguna de las especies precedentes: tulipan.

SECCION IV.

Carnosos; fruto cuyo pericarpio es carnosos.

DE UN SOLO HUESO.

17. **DRUPA**. fig. 14. De un solo núcleo huesoso ó petroso: la cereza.

DE VARIAS SEMILLAS Ó HUESOS.

18. **NUCULANA**. fig. 15. Fruto con varios núcleos huesosos y distintos, que tienen la forma de drupa, y no los coronan los lóbulos del cáliz.

SEMILLAS SITUADAS FUERA DEL CENTRO DEL FRUTO.

19. **PEPONIDA**. fig. 16. Celdillas apartadas del centro y colocadas cerca de la circunferencia.

SEMILLAS COLOCADAS EN EL CENTRO DEL FRUTO Y EN CAPSULAS O CELDILLAS.

20. **POMO**. fig. 17. Fruto coronado por lóbulos existentes en el cáliz, como la manzana, la pera.

SEMILLAS SITUADAS EN EL CENTRO DEL FRUTO, MEZCLADAS CON LA PULPA.

21. **BAYA**, fig. 18. Fruto que no presenta celdillas distintas, y que no están reunidas en un receptáculo comun: la uva grosella.

22. **SINCARPIO**, fig. 19 y 20. Fruto que no presenta celdillas distintas, reunidas en un receptáculo comun: como la mora.

DE LA VIDA Y MUERTE DE LAS PLANTAS.

La vida consiste enteramente en esa fuerza que hace que así los animales como las plantas resistan durante un tiempo determinado á las leyes y afinidades químicas y físicas. Sus principales fenómenos son: 1.º la *irritabilidad*, de que ya hemos hablado: 2.º la *nutricion*, y 3.º la *propagacion*.

En las plantas leñosas la muerte natural ó de vejez es mas difícil de explicar, por lo que algunos botánicos la niegan. En efecto, la única causa que sostiene la vida en los árboles es la capa ánnua y herbácea que el *cambium* produce. Siendo, pues, siempre tierna esta capa, debe gozar siempre de la plenitud de fuerzas vitales. No puede haber, pues, ni engurgitacion de vasos, ni endurecimiento de fibras, y por consiguiente, las funciones de vitalidad no pueden interrumpirse mas que por causas accidentales. Así hay ejemplo de árboles que deben de existir desde la mas remota antigüedad; y si atendemos al cálculo de Mr. Andanson, algunos árboles que midió en el Senegal y en las islas de la Magdalena deben tener cinco á seis mil años á lo menos.

UNA HISTORIA DEL GRAN MUNDO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. TEODORO GUERRERO.

SEGUNDA PARTE.

UN CORAZON DE MUGER.

(Conclusion.)

VI.

LA OPINION PÚBLICA.

Miguel de Céspedes habia envejecido en pocos dias; su frente se iba arrugando y su imaginacion andaba errante por un camino donde se perdía sin cesar. El día despues de su entrevista con el oficial moribundo, entró en el cuarto de Julia y la encontró abatida: sus ojos tenían impresas las huellas de un llanto prolongado. Miguel cruzó los brazos y se quedó contemplándola en silencio. Julia se estremeció y sus ojos se clavaron en el suelo.

—¿Por qué no me miras? preguntó Miguel. ¿Temes que tus ojos se encuentren con los míos?

La inflexion de su voz admiró á la jóven, que poco á poco levantó la cabeza; pero nada pudo contestar. Miguel le estendió una de sus manos, diciendo:

—Es imposible, Julia, contener los ímpetus de la cólera. Guillermo muere á mis manos: no quiero culparle; la razon vuelve á mis sentidos; pero acúsate de haber sido débil para no cumplir mis preceptos. El mundo se rie de mí, porque me juzga un marido burlado: tu cara desmiente al mundo, y no sé, quiero engañarme, pero te creo inocente.

—¡Gracias! exclamó Julia estrechando la mano de su

marido y cayendo de rodillas. ¡Gracias!... Si, si; ¡soy inocente! me conservo pura, tan pura como cuando me conociste; me acusan por maldad; mirame bien: alzo atrevida la frente.

—¡Ah! Los celos, Julia, son horribles; tienen momentos de desesperacion y de fiebre como la locura. Observa mi rostro: en él está marcado profundamente el sello de la desgracia. Tú no sabes cuánto sufre el hombre que se ve amenazado por el ridiculo del mundo; siempre tiene delante de sus ojos un dedo horrible que le está señalando.... Ahora mismo se turba mi razon.... ¡Ah! ¡mira!...

Miguel se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer en un sillón. Julia corrió en su ayuda y logró serenarle.

—¡Déjame, Julia, déjame! Hay momentos en que parece que voy á volverme loco....

—¡Calla, Miguel, calla! ¡Serénate por Dios!

—Si, dijo pasándose una mano por la frente para enjugar el sudor; si, ya estoy sereno; siéntate junto á mí: háblame de tu cariño, como antes, con pasion, con fuego; necesito saber que me amas....

—Siempre, Miguel, siempre te amo como te amé el primer día.... ¿Lo dudas?

—No; pero necesito oírlo de tu boca. Si fueses criminal, no sabrias decirme. El crimen es una mordaza para los labios, un puñal para el corazon y una cárcel para la conciencia. ¡Habla, siente, piensa!... ¡tú no eres criminal!

—No, no. Mis ojos, Miguel, nunca se han vuelto para mirar á otro hombre; no, tú solo has sido el ídolo de mis pensamientos.

—Tú no eres criminal! gritó Miguel presa de su fiebre. Sabes combatir tu infortunio y lloras; pero no tiembles. El crimen que es árbol de profundas raíces teme á la brisa, pero la inocencia, arbusto delicado, desafia á los huracanes.... ¡Tú eres inocente!

—Gracias, Miguel; me has comprendido.

Céspedes estrechó la mano de Julia, dejó caer la cabeza sobre el pecho y cerró sus labios. La enajenacion estaba haciendo su crisis.

Ella no se atrevió á romper el silencio y permanecieron algun tiempo en aquel estado de estupor.

Un cuarto de hora despues, un criado anunció una visita. Negóse Julia á recibirla y Miguel salió.—Era Eladio Ortega.

La visita fué corta.

Cuando Miguel volvió al lado de Julia y nombró á Ortega, advirtió en ella un estremecimiento involuntario; entonces se contentó con mirarla fijamente.

Llega la noche y me voy con mis lectores de tertulia. Los salones de la marquesa del Alamo nos reciben como personas invisibles: allí estamos y podemos observar.

La tertulia de la marquesa del Alamo era lo mismo que todas las tertulias.—renuncio á pintarla. La marquesa tendria unos cuarenta años: habria sido en sus tiempos una figura *passable*; ahora no conservaba mas que un agrado esquisito y una conversacion sostenida siempre entre personas indiferentes, cualidades que la distinguian en el gran mundo cortesano.

La marquesa hablaba en el sofá con una vetusta señora y con la esposa de Castro; éste jugaba al tresillo, su pasion favorita, y varias personas pululaban por la sala; la conversacion giraba sobre un mismo asunto: el duelo de Guillermo con Miguel se comentaba de mil maneras, contándose absurdos de gran volumen.

—Señores, decia un tresillista viejo; en mi juventud no se mataban los hombres por tan poca cosa.

—¡Poca cosa! ¡cáspita! exclamó otro jugador; ¡poca cosa llama vd. al honor de su muger!

—¡Cómo! exclamó aquel; no sabia....

—Si; antes de casarse Céspedes con Julia, ya Guillermo y ella se amaban; puede vd. considerar los resultados que debian esperarse de esta pasion.

—En ese caso, interrumpió el vejete, bien muerto está el teniente; el honor es muy sagrado.

—No es eso lo peor, dijo Castro; apenas cayó herido Guillermo, la niña le puso un sustituto.

—¡Bravo por la niña! prorumpió el viejo con rabia.

—¿Quien es el favorecido? preguntaron todos.

—Ortega, contestó Castro.

—Quien á hierro mata á hierro muere, dijo en tono sentencioso un necio que estaba cerca de la mesa; así pagará Céspedes sus maldades de soltero.

El juego continuó su interrumpida marcha. Los que se paseaban por la sala siguieron un gran rato charlando sobre el particular, y la reputacion de la infeliz esposa de Céspedes quedó hecha trizas. Luisa habia informado á su marido para que hiciese correr la noticia; ella por su parte desde el sofá lo habia contado á cuantos quisieron oírlo.

El daño estaba hecho: la crónica escandalosa de Madrid debia ocuparse al otro día de Ortega y de Julia.

Abrióse la puerta del salon y entró Eladio. Un ligero murmullo se siguió á su presentacion; las señoras se hablaron al oído y los hombres se dieron con el codo. Ellas opinaban que Julia tenia buen gusto, y ellos envidiaron todos la suerte de Ortega; éste, como hombre esperto, notó la alarma de su entrada, miró á la concurrencia con desdoro y despues de saludar á la marquesa, fué derecho á sentarse al lado de Luisa, para decirle:

—¿Podré saber, señora, de que se hablaba cuando llegué?

—Hablaban de vd., amigo mio.

—¿De mí?

—Si: repare vd. que todos le miran á la sazón.
—Es cierto... pero...
—Es vd. hoy el rey de la fiesta; en Madrid nada se ignora y hablan del triunfo que ha conseguido vd. El pobre Céspedes tiene buen trabajo si ha de batirse con todos los adoradores de su esposa.

—Señora, dijo Ortega sonriéndose con malicia, ignoro quien pueda haber contado á vd. semejante cosa... Es absolutamente falso....

—Soy amiga de Julia y las mujeres nos entendemos sin hablar. Además, aquí lo refieren muchos.

—No acierto á comprender...
—A rey muerto rey puesto... vamos...
—Suplico á vd. que no se trasluzca semejante falsehood; pudiera perjudicar á muchas personas....

—Sí, añadió Luisa satíricamente; Miguel tiene una mano muy segura; ¡cuidado!

—¡Señora! dijo Ortega ofendido, ¿cree vd. acaso que temo á Céspedes?

—No se altere vd., amigo mio, y repare que le llama la marquesa.

Eladio se levantó, diciendo entre dientes: «Es particular; me han adivinado el pensamiento... Bien: ganaré mi apuesta y el mundo apuntará otra víctima mia, sin haberla sacrificado. Esta es cuestion de gloria con el mundo.»

Luisa al ver levantar á Ortega murmuró:—«¡Qué infame! ¡Así son los hombres! por aparecer virtuosos, se dejan colgar veneras que no ganaron; pero esta vez me conviene que calle. Venceré, y Miguel de Céspedes, aunque tarde, me pagará su ingratitud.»

Cuando se retiraron los concurrentes á la tertulia de la marquesa del Alamo, iban convencidos de que Ortega había sustituido á Guillermo en el corazón de Julia. ¡Hé aquí la opinion pública!

VII.

CONTINUOS SOBRESALTOS.

Tres dias habian pasado.

La herida de Guillermo daba esperanzas de que la medicina ó la fuerza juvenil arrebatarian á la muerte su presa.

La víspera de la mañana que va á ser objeto de este capítulo, se habian reunido Luisa y Rosario en casa de ésta; las dos amigas estaban alarmadas, pues veían desvanecido su plan de venganza. Sabían por buen conducto que Miguel y Julia abandonaban la corte para marchar al extranjero, y que vivían en buena armonía; el medio de estorbar este viage las desesperaba, pues suponían que aunque circulase en Madrid la voz de las relaciones de Ortega con Julia, quedaba todo destruido con este viage.—Dos mugeres que cavilan sobre un plan, pronto dan envidia al mismo Maquavelo. El viage lo estorbaron.—¿Cómo? Despues lo verá el lector si continua la narracion.

Miguel y Julia acababan de almorzar; uno á otro procuraban animarse, aunque los dos llevaban una espina en el corazón que los lastimaba cruelmente; pero sufrían en silencio. Pocas palabras se habian cruzado durante el almuerzo: su viage á Italia habia sido el objeto de su fria é interrumpida conversacion.

Levantados los manteles, entró Julia en su tocador y Miguel en su escritorio. Dejó á aquella en manos de su doncella, y me siento con Céspedes en una cómoda butaca, donde fuma un esquisito habano. No hay duda que el cigarro ayuda á pensar y á hacer cálculos.

«Cuántos guarismos y cuántas ideas se lleva el humo envueltos en sus densas espirales!—Lo que Miguel discurría no lo sé yo, y acaso tampoco lo sabia él; pero se vio interrumpido por su ayuda de cámara que le presentó unas cartas del correo.

Abriólas Miguel maquinalmente y fué pasando la vista por ellas. Al llegar á la última, frunció las cejas, y desconociendo la letra, buscó la firma; pero la carta no la traía. Miguel la leyó, alterándose horriblemente su rostro; sus nervios se crisparon y dando un alarido se puso en pie; despues pasó con violencia sus manos por los cabellos, dió algunos paseos por su cuarto, se detuvo, procuró respirar, y volvió á coger la carta que habia tirado al suelo. Esta decia asi:

«Abre los ojos, marido incauto. Sobre la tumba del amor de Guillermo ha nacido el amor de Ortega.

«Tu muger te engaña: su rostro es de ángel; pero su alma es de demonio; no te dejes alucinar.»

Miguel se lanzó frenético fuera de su cuarto; al llegar delante de la puerta del de su esposa, se detuvo, y meditando un momento (si meditar podía en el estado en que se hallaba), volvióse á su escritorio, cogió su sombrero, y poseído de una fiebre, de una enagenacion mental, se precipitó á la calle sin saber á dónde se dirigía.

Cruzó por la Red de San Luis, se confundió en el torbellino de la Puerta del Sol, siguió por la calle de Alcalá y bajó al Prado, donde maquinalmente se sentó en un banco de piedra, sin advertir que estaba húmedo, porque habia llovido.

Allí le dejó y volvió por las mismas calles, detrás de un dandy, que llamó en casa de Miguel de Céspedes: era Eladio Ortega, que habia visto cruzar á Miguel por la Puerta del Sol. Habia dicho entre sí:—«Ahora está sola; es preciso coger los laureles de una victoria que me atribuyen. Veré si la hiena matrimonial se va amansando.»

Eladio penetró desvergonzadamente hasta el cuarto de Julia, siguiendo al criado que iba á anunciar la visita.

—Señora, un caballero aguarda en la sala.

—Dí que no recibo.

—Soy yo, Julia, dijo Ortega presentándose, y es inútil el aviso, porque ya estoy aquí.

La jóven dió un grito penetrante. Acercóse Eladio, y el doméstico alarmado corrió á avisar á su amo; pero no le encontró.

—Siento, dijo Ortega, asustar á vd., pero no comprendo la causa....

—¿No la comprende vd., caballero?... ¿Así se penetra en la habitacion de una muger? Salga vd. Puede venir mi marido, y no quiero que me acuse injustamente. Salga vd. al momento.

Eladio ocupó un sillón, exclamando:
—¡Ay, Julia! ¡Qué crueles son las mugeres! ¡Mientras mas las ama un hombre mas se entretienen en despedazarle el corazón!...

—Caballero, le interrumpió la jóven, no estoy en el caso de oír impertinencias. Desde hoy tiene vd. cerradas las puertas de mi casa, pues no quiero comprometerme.... Salga vd.

—No pienso en ello: estamos solos, Julia. Si vd. no corresponde á mi pasion, permaneceré aquí, vendrá Miguel, y creyéndose ultrajado, se vengará en los dos....

—¡Qué infamia! Repito que salga vd.

—No: estamos solos.
Levantóse Ortega, y Julia se precipitó al cordon de la campanilla, diciéndole:

—Si se acerca vd. á mí, si no sale vd. al momento de mi habitacion, llamaré, para que mis criados le arrojen de mi casa.

Mordiése Ortega los labios hasta hacerse sangre, y conociendo que nada conseguia, salió del aposento sin despedirse. En el umbral de la puerta de la calle tropezó con un amigo, que encontrándole turbado, le preguntó:

—¿Qué tienes, Eladio?

—Nada, contestó éste serenándose.

—¡Hola, bribón! ¿Sales de casa de una de tus víctimas? ¡Pobre Céspedes! Tienes buen gusto: Julia es una perla; avísame cuando te canses de ella.

—Bien: así lo haré.

Los dos jóvenes siguieron su conversacion, que ya no me fué dado escuchar, porque como autor leal permanezco en casa de Céspedes para ver el desenlace de un dia que tan mal empezaba.

Cuando el frio y la humedad del Prado traspasaron los huesos del infortunado Miguel, volvió en sí, miró á todas partes, y pasándose una mano por los ojos, se admiró del sitio donde se hallaba. Entonces coordinó sus ideas y dirigióse precipitadamente á su casa; por el camino iba diciendo:—«Aclararé todo esto; ¡oh! algun enemigo me persigue y acusa á Julia; si encontrará á Ortega... No puede ser verdad lo que me escriben.... Julia es inocente.»

Penetró en su casa, y al cruzar la sala que daba al aposento de Julia, vió abrirse la puerta y salir á un hombre. Un estremecimiento le coartó la facultad de moverse; su lengua se trabó y sus piernas empezaron á flaquear. Habia conocido á Eladio Ortega; acusaban á éste y lo veía salir del cuarto de su esposa. Miguel no pudo correr detrás de Ortega; su vista quedó clavada en la puerta por donde habia salido.

Un momento despues anduvo paso á paso el espacio que lo separaba del tocador de Julia y entró en él sin hacer ruido; luego, sin mirarla, se recostó en un sillón. Julia al verle se horrorizó: sus cabellos habian encanecido en aquel momento; su mirada era fija y en su rostro estaba pintada esa calma que asusta. Julia se acercó á su marido, que no reparó en ella, y viendo una carta en sus manos, se la quitó. Cuando hubo leído aquella calumnia, un vértigo se apoderó de la jóven y cayó desplomada.

Miguel señaló á la puerta y dió una estrepitosa carcajada.

¡Estaba loco!

VIII.

DIALOGOS DE CAFE.

Hay misterios en las familias que no es posible aclarar, á menos que la casualidad, esa diosa protectora de los vagos, haga tropezar con los enredos. La casualidad, pues, me favoreció en esta ocasion, haciéndome ocupar una mesa del Café Suizo un mes despues del dia en que Miguel recibió el anónimo donde acusaban tan injustamente á su infeliz muger. Despedia de mi boca el humo de un cigarro y estaba completamente abstraído de lo que me rodeaba; la mesa contigua á la mia quedó desocupada y dos jóvenes se sentaron á ella; por curiosidad alcé la vista y conocí en los recién llegados á Felipe Morales y al marqués de Solares: los dos estaban vestidos de negro, pero no hubiera fijado en ellos la atencion sin las palabras que cruzaron con uno que los saludaba.

—¡Hola, marqués!... ¿Qué es eso? ¿Llevas luto?

—No, amigo; el señor y yo venimos de un duelo.

—¿Quién ha muerto? le preguntó con indiferencia.

—Miguel de Céspedes.

Al oír este nombre me incliné en el asiento y presté el oído, pues ignoraba esta desgracia.

—¡Miguel de Céspedes! exclamó. ¡Pobre jóven! le conocia de vista. No hace mucho que me atormentaron los oídos con cierta anecdota; no la recuerdo bien, pero sé que en ella danzaban el calavera Ortega y la muger de ese Céspedes. Parece que la tal niña tiene ánimos....

—La calumnia V., interrumpió Morales con tono severo. Esa muger que acusa el mundo es un ángel; la he observado y es victima de alguna trama infernal. Seguramente que Ortega se ha portado mal con ella, pues por ganar la apuesta que hizo con Guillermo consintió en perderla á los ojos del mundo: tuvo que estrellarse contra una virtud rara y combatida.

—Haces mal en ser Quijote, amigo Morales, le dijo el marqués sonriéndose. Cuando Miguel se volvió loco y su locura lo arrastró al sepulcro, algo palparia; un anónimo solo no trastorna una razon. No acusó á Julia; pero me callo y ni quiero creer que es buena, ni quiero creer que es mala. Nada me importa.

—Opino, señores, repuso el jóven que habia llegado el último, que el marqués tiene razon, y no la calumnia; el mundo acusa á esa muger y repito lo que dice el mundo. Tampoco me importa nada, y por eso no pelearemos. Servidor....

Hizo un saludo y salió del café.

Morales y el marqués siguieron hablando de la muerte de Céspedes y refiriendo los pormenores de su enfermedad, de los cuales dispuso á mis lectores. Solo advertiré que Julia le asistió hasta el último momento, y permanecia inconsolable.

Consideré estonces cuán injusta es á veces la opinion del vulgo, y compadecia á Julia, que era una victima social, sacrificada al capricho y la maldad de un hombre sin conciencia, cuando vi entrar en el café, á un jóven pálido, flaco y que llevaba marcadas en su rostro las huellas de grandes padecimientos. Despues de examinarlo bien, conocí á Guillermo; éste divisó á Morales y al marqués, y se acercó á saludarlos.

—¿Cómo se siente V., Guillermo? le preguntaron los dos.

—Mal, amigos míos; he sufrido mucho física y moralmente. En mi corazón está abierta una herida que no puede cerrarse en mucho tiempo.

—¿Tanto ama V. á Julia? dijo el marqués. Ahora está viuda.

—Sí; pero Julia no es una muger; pertenece á los seres que debían habitar en el cielo; tiene bastante con su pena para morir atormentada, y ningun mortal será digno de llegar á ella.

—Le hace vd. justicia, exclamó Morales; Julia es victima de un miserable.

—Juro, dijo el oficial con voz solemne y poniendo la mano sobre su corazón, juro que algun dia me encontraré cara á cara con ese miserable y verteré su sangre. El puso un mundo entre esa muger y yo, destrozándole su honor; yo castigaré su infamia.

—Cuidado, teniente, exclamó el marqués. Ya le cuesta á vd. caro el amor de esa muger. ¿No ha escarmenado vd.?

—Morir por ella será para mí una muerte gloriosa. Mañana marchó á Andalucía, para reponerme; volveré, y aunque tarde, sabré vengarme.

Morales y el marqués se levantaron y salieron del café en compañía del oficial. Quedéme pensativo reflexionando sobre cuanto habia oido, y me disponia á marchar, cuando varias voces descompasadas que llamaban á uno, me hicieron fijar en el que entraba: era Eladio Ortega.

Cuatro jóvenes que eran los que gritaban estrecharon la mano de Eladio, manifestando su contento por verle.

—¿Cómo tan tarde? dijo uno.

—Fui al duelo de Céspedes y luego á una cita, respondió el jóven.

—¡Hola! exclamó otro. ¿Fuiste á rezar por la victima y despues á consolar á la viuda? ¡Qué pájaro eres!

—Señores, interrumpió Ortega, no griten vds., que se enteran todos.

—Queremos gritar para que se aumente tu crédito, amigo mio, dijo un mozalvete de poca estatura y facciones repugnantes. Si tuviese la suerte de tropezar con una hembra como Julia, de fácil conquista y cuyo marido se volviese loco de rabia, me acreditaria de hombre de mundo. Preciso es confesar que te protego la suerte.

—¿Y la apuesta? preguntó uno.

—La apuesta, contestó Eladio, obra en mi bolsillo; hé aquí el dinero que gané legítimamente á ese estúpido oficial. La broma le vale al misero un desengaño para el corazón, una bala dentro del cuerpo y veinte onzas fuera del bolsillo.

—¿Te las pagó él mismo?

—No: su tia Rosario satisfizo la deuda, y con la risa en los labios. Creó, amigos, que ella y la muger de Castro tenían un interés en que ganase la apuesta pues me lo dieron á entender varias veces. ¿Por qué seria?

—¡Rivalidades de mugeres!

—¿Cuándo se gasta ese dinero?

—Mañana comeremos en la fonda. ¡Gran comida!

—¡Pobre Céspedes! dijo uno.

—Céspedes, añadió Ortega, no nació para casado. ¿Qué marido comete la tonteria de morir por infidelidades de su muger?

Sali indignado del café, sin querer oír lo que seguian hablando.

EPILOGO.

Mi novela ha concluido, pero como mi novela tiene mucho de historia, algo me falta que escribir para que mis lectores vean cumplida mi mision.

Nadie mas interesado que yo en la suerte de los per-

sonajes que he pintado en mi novela, que como ya he dicho, no es novela ni historia: es una amalgama de la imaginación con la verdad. Mi imaginación dejó su parte en la última página: la verdad debía dejarla cuando se apoderara de los sucesos, y los sucesos llegaron después a mi poder. Hé aquí cómo y cuándo.

El interés que me inspiraba mi propia novela y el deseo de poder concluir, conservando las reglas establecidas (por más que para mi pluma las reglas no sean una pragmática) me hacían inquirir todo lo posible la residencia de las personas que habían figurado en las páginas de mi libro, pero iba bastante adelantada la primera edición de él y nada había conseguido: Felizmente una noche el deber social de cumplimentar á una amiga que celebraba su santo, me hizo enderezar los pasos á su casa, y me encontré sorprendido con lo que ella modestamente llamó una *poquito de reunión*.

Apenas hube saludado y felicitado ritualmente á mi amiga, se fijaron mis ojos en un rincón de la sala y vi un grupo de dos personas de distinto sexo, que mas parecían una sola, según lo abstraídas que se hallaban bebiendo sus alientos, y sosteniendo ó aparentando una intriga. Quise reconocer al masculino de aquella pareja heterogénea, y llamando aparte á mi amiga, la pregunté:

—¿Quiénes son aquellos amantes?
—¡Hola! me respondió sonriéndose, siempre anda vd. á caza de intrigas.
—Me interesa más de lo que vd. piensa.
—Ella es guapa: no es extraño.
—No lo pregunto por eso. Necesito saber quién es él.
—¡Ah! ¡ese hombre es una calamidad!
—Entonces se llama Eladio Ortega.
—El mismo. Le conoce vd. según veo.
—Bastante: es un personaje de la novela que estoy publicando. ¿Nada sabe vd. de él?
—Nada en detalles. Es un hombre que vive en pugna con las leyes sociales y que se alimenta de apariencias. Le temo más que á la miseria, porque la miseria mata, pero no deshonra como Ortega. Ahora está alucinando á aquella inesperta joven que dá crédito á sus palabras, ignorando que suicida su honra solo con hablar á ese hombre.
—Mucho odia vd. á Eladio, pero más le odiará vd. cuando sepa la mejor de sus proezas. Dentro de pocos días remitiré á vd. un libro que la enterará de este episodio.
—Con mucho gusto le leeré.
—Voy á ver si lo consigo.
—Eso es cosa fácil. Hasta luego; me reclama mi concurrencia.

El encuentro de Ortega era para mí una joya por el deseo de satisfacer mi curiosidad y de cumplir con el público, y como la curiosidad puede mucho, bien pronto encontré un amigo, que lo era también suyo, y que advertido por mí, buscó un pretexto para presentarme á Ortega como uno de sus allegados.

Al instante me familiaricé con él, y como era hombre que rabiaba por hablar, y más tratándose de su persona, antes de un cuarto de hora ocupábamos dos butacas de un gabinete; después de haber hablado de varios asuntos, le dije, queriendo aparentar identidad en nuestras ideas, para que nada reservase de lo que necesitaba saber.

—Nos comprendemos, le decía yo: pensamos del mismo modo. El mundo es una farsa teatral, y á toda costa es preciso buscar recursos para aparecer en ella primeros actores. Nada importa que nuestro traje sea el traje de la mentira, como deslumbró en nosotros la púrpura y el oropel.

—Veo que nos entendemos.
—Es vd. hombre de mundo. Aun recuerdo aquella famosa intriga en que el pobre Miguel de Céspedes fué la víctima y su mujer... vamos...
—Sí: es una de tantas; una mujer que se empeñó en volver loco á su marido y en quererme, aunque su amor no vivió en mi corazón más que el tiempo necesario para que lo supiera el mundo.

La sangre subió á mis ojos y tuve que contenerme para no arrojarle á la cara la mentira atroz que sostenía: pero por mi propio interés me detuve, y aparentando indiferencia, le pregunté:

—¿Y Julia?
—Se retiró con su madre á un pueblo de Extremadura; me escribió varias cartas apasionadas á las que no contesté, y á estas horas habrá espirado víctima de una tisis que desde entonces la consume.
—¿Por V. sin duda?
—No sé: así dicen, pero nada me importa.
—Perdone V. que sea importuno: pero desearía saber dónde para aquel oficial que tanto la perseguía.

—¡Ah! ¡el insigne Guillermo? ¡pobre mozo! era digno de mejor suerte por un amor tan impropio de este siglo. Lo mandaron con su regimiento á Cataluña; antes de irse vino á provocarme á un duelo á muerte, que acepté; y como era de esperar, quedé en el campo del honor atravesado por mi florete; pero no murió todavía, conservando la vida para sufrir de sus heridas hasta que el invierno pasado le libró de ella una bala faciosa más certera que la de Céspedes y más que la punta de mi acero.

—¡Infeliz! exclamé; ¿los dos muertos!
—Sí: ¿quién se acuerda de eso? pertenece á la historia.
—Diga vd., añadiendo un esfuerzo. ¿Y Luisa?
—¿Y Rosario? ¿Y Rita?
—Por ahí andan dando que hablar á la crónica.
—No lo extraño.

—Dispense vd., amigo mío, me dijo poniéndose en pie; tengo ahí un amor que está madurando y el tiempo vuela. Aquí me es indiferente esa niña con quien vd. me habrá visto hablar, pero en traspasando el umbral de esa puerta que dá á la sala soy un amante tierno. Vd. comprenderá bien esta estrategia. Servidor.

No supe contestarle, pero abandoné mi asiento, y un instante después presenté en despedida la mano á mi amiga. Me faltaba tiempo para estar solo y meditar sobre aquellas noticias que tanto me interesaban. Había encontrado á mis personajes.

Cuando llegué á mi casa, antes de acostarme, cogí la pluma y escribí estos renglones que llamé epílogo, poniendo después el acostumbrado

FIN.

FABRICACION DE LA PORCELANA.

La superioridad incontestable de la porcelana sobre las otras materias de que se hace la vajilla, tales como las lozas, barros y hasta metales, la ha hecho adoptar en muchísimas partes de Europa.

Con efecto, la porcelana aventaja á los barros comunes y lozas en que es más dura, menos fácil de rayar con el cuchillo, y menos espuesta á romperse por efecto de un fuerte calor ó frío repentinos. Es preferible á la misma plata, en cuanto es más limpia y menos costosa.

Vamos á explicar, aunque someramente, cómo se hace la pasta de la porcelana dura, cómo se le dá la figura y se endurece al fuego, reservándonos para otra ocasión todo lo concerniente al arte de dorarla, pintarla, y además, cuánto conviene á la porcelana blanda.

El tipo de la porcelana dura es la de la china, la quedó á los franceses los primeros modelos. El secreto de esta fabricación consiste en el doble empleo de dos materias terrosas de cualidades esencialmente opuestas. La una de dichas materias sirve para dar á la porcelana aquella transparencia y diaphanidad tan apreciadas, y procurar que la pasta adquiera la fusión

Puede conocerse que en la fabricación de la porcelana, como en toda especie de loza, deben observarse varias proporciones en la mezcla de los elementos. Cuanto más dura haya de ser la porcelana, tanto más debe quitarse del *koalin* el *feldspato* no descomuesto que pueda conservar.

Las primeras materias se muelen, se pasan por tamiz, se lavan y reúnen en pasta, la cual se deja en descanso por espacio de algunos meses; esta pasta se tritura después y debate bien para quitarle las vejigillas de aire.

Luego con el auxilio de la mano, después con moldes ó por medio del torno, se dá á la pasta diversas formas, de vasos, platos, tubos é instrumentos de química, y utensilios de varias clases.

Fácil es ver que el torno no forma más que las piezas que han de ser redondas, como los platos, el cuerpo de las tazas y de la mayor parte de los vasos. En cuanto á las asas y otras partes adherentes, platos oblongos, etc., se hacen en moldes de yeso ó tierra cocida, que sin pegarse á la pasta absorben su humedad. En ciertos casos, aunque muy raros, se emplean moldes de metal. Las asas y demás partes adicionales que se llaman *guarniciones*, se pegan al cuerpo de la pieza con una pasta desleída que se llama *barbotina*.

Ciertas piezas se bosquejan con la mano, luego se amoldan, y por fin se perfeccionan con el torno.

Los vasos así preparados y puestos en los moldes de yeso, se colocan en una estufa donde se hacen secar lentamente, para que no se formen rendijas; de allí son llevados á lo alto de un horno del que se eleva gradualmente la temperatura, hasta que en lo alto sea mayor que la necesaria para derretir la plata.

Antes de esta imperfecta cocción se repasan los vasos con un cuchillo y se pulen con el bucco de la mano. Al salir del horno es la porcelana dura y porosa; falta entonces cubrirla con un barniz blanco ó colorado que la vuelve impermeable y brillante, y terminar su cocción.

El barniz blanco se forma de *feldspato*, reducido á polvo muy fino, que después de molido se mantiene en suspensión en agua agitada. Se sumergen las piezas y absorben prontamente el agua, la cual deposita en su superficie una capa de barniz. Así cubiertos de barniz húmedo, se colocan los vasos en la parte inferior de un horno, es decir, en el punto más cercano al



Fabricación de la porcelana.

completa, que une todas las partes, sin menoscabar la forma del utensilio que se ha fabricado: es el elemento fusible de la porcelana. Tómase para este uso un mineral que forma parte del granito y que llaman *feldspato* empleándole puro ó mezclado con greda, arena, y muchas veces con yeso y tiestos de porcelana.

El otro elemento de la pasta sirve para darla la propiedad de petrificarse, molerse, y tomar y conservar todas las formas posibles sin perder su adhesión; en una palabra, de ser *plástica*, como dicen los del oficio. Dicho elemento debe ser al mismo tiempo infusible para contrabalancear la fusibilidad del primero. En general se emplea para este objeto una especie de tierra arcillosa blanca, que así en China como en Francia llaman *koalin*; este es el elemento plástico é infusible.

fuego y por consecuencia más caliente. Esta operación es muy delicada.

Cuando la porcelana dura está bien fabricada no se rompe aun cuando se esponga á la acción repentina del frío ó calor intenso. Hasta se emplea en las operaciones químicas con preferencia al vidrio que se funde á cierto grado de calor, y con frecuencia se quiebra; las cualidades que exigen los consumidores, son un color blanco de leche sin manchas; un barniz igual y bien esmaltado, poco espesor y mucha limpieza en las formas.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. NELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.